

EL LAMA NEGRO

RALPH BARBY

Un grupo de jóvenes universitarios están realizando una expedición por la cordillera del Himalaya cuando un alud les sorprende y arrastra a través de una cueva a un lugar extraño y que no aparece en los mapas.

Allí descubren que los habitantes del lugar están atemorizados por un extraño y siniestro lama que los utiliza para macabros y sangrientos rituales.



Ralph Barby

El lama negro

Bolsilibros: Selección Terror - 42

ePub r1.2
liete 03.12.14

Título original: *El lama negro*
Ralph Barby, 1973

Editor digital: liete
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La ventisca resultaba infernal, si es que podía dársele este apelativo. El viento, fortísimo, ululaba como una fiera gigantesca antes de devorar a sus víctimas. No tenía una dirección fija, pues ésta cambiaba, arremolinándose, mientras el polvo de nieve les envolvía, cegándoles.

Resultaba muy difícil averiguar si estaba nevando o sólo era el viento que levantaba la nieve en polvo del suelo.

La expedición regresaba, descendía montaña abajo buscando pasos ya irreconocibles, puesto que a un metro de distancia no se veía nada.

El grupo de montañeros estaba compuesto por siete estudiantes que de aquella forma celebraban su final de carrera. Sin embargo, la expedición estaba resultando un fracaso y, por si faltara poco, altamente peligrosa.

En cordada, atados los unos a los otros, caminaban lentamente tanteando el suelo con sus piolets, aunque quien lo tanteaba con mayor cuidado y atención era Phil Steelman.

Él era la cabeza de aquella especie de gusano humano que avanzaba sobre la nieve y el hielo, rodeado de los copos de nieve que subían y bajaban enturbiando por completo su visión. A intervalos, se detenía para consultar la brújula, ya que allí no había otros puntos de referencia.

Phil, que era seguido de inmediato por Abigail Johnson, una chica tan fuerte como bella, no en vano era profesora de gimnasia femenina y se estaba graduando en derecho, se detuvo tratando de mirar hacia atrás a través de sus gafas protectoras.

En ocasiones, el ulular del viento en un ventisquero semejaba la queja larga y lastimera de alguien. Se volvía para averiguar si algún miembro del grupo tenía dificultades, pero su vista no llegaba más allá de la propia Abigail.

Aquella maldita ventisca había hecho imposible establecer un nuevo campamento y, desde él, que cinco miembros partieran hacia la culminación de la cima del Dhaulagiri, altiva y hostil, que sobrepasaba los ocho mil metros de altura en medio de la cordillera del Himalaya.

Le tiraron de la cuerda y se detuvo, volviéndose.

—Alguien no puede más —le dijo Abigail ostensiblemente fatigada y casi gritando a través del cubre bocas que impedía que la nieve llegara hasta lo más recóndito de sus pulmones.

—Es Bobby —observó Jennie, la otra chica del grupo de alpinistas.

Tanteando, siempre sujeto a la cuerda, Phil consiguió llegar junto al miembro del grupo que estaba sentado en el suelo.

Bobby era el más alto y grueso de la expedición. El propio Phil Steelman le había pedido que se quedara en el campamento, a lo que Bobby se había negado. No en vano su padre, un hombre que nadaba entre millones de dólares, era quien sufragaba en su mayor parte los gastos de la expedición.

La propia Abigail Johnson, como profesora de educación física en Radcliffe y estudiante de Derecho, no tenía más dinero que el que podía gastar para seguir adelante en sus estudios. Phil Steelman se graduaba en la Universidad de Harvard por una beca que, en el fondo, le había sido concedida gracias a que era el mejor jugador de rugby.

En la cancha verde le apodaban Phil *el Lobo* por su forma de luchar y correr sin desmayar, sin ceder al rival un solo paso, mientras trataba de ser placado por jugadores, si no más altos que él, sí con muchísimo más peso y que, de atraparle, le harían rodar por la hierba. Pero Phil escapaba una y otra vez y a la carrera era difícil alcanzarle.

No era la carrera de un puma que a unos cientos de metros podía cansarse, si no la del lobo que podía correr millas y millas sin desfallecer, sin variar su ritmo cardíaco.

—Vamos, Bobby, hay que seguir adelante —le dijo tirando de su brazo.

—No puedo más —farfulló agotado—. Dejadme aquí y seguid, ya os daré alcance.

—No digas tonterías, Bobby, hay que continuar. Aquí no

podemos quedarnos, este maldito frío nos congelaría en un par de horas y la nieve nos cubriría, jamás seríamos hallados. Esto es un lugar perdido dentro del Himalaya y aquí no va a venir ningún equipo de rescate.

Todas las palabras parecían vanas para mover los ciento siete kilos de Bobby.

Las muchachas trataron de levantarlo, pero él se negaba insistiendo:

—Es inútil, no llegaremos nunca al campamento con esta ventisca. Está muy lejos y quizá ni lo encontremos, estamos perdidos…

—No desesperes, Bobby, Lester nos aguarda en el campamento, allí hay una tienda y alimentos, es un lugar seguro.

—¡No llegaremos nunca con esta ventisca, es el fin!

—Esta expedición está resultando un fracaso —se lamentó Ben Schneider, un joven judío.

Usaba lentes de grueso cristal bajo las gafas protectoras de la nieve y era muy conocida su debilidad por el estudio de las lenguas muertas y la criptografía.

Él no era un deportista nato, ni siquiera por simple afición, pero al pensar que en aquella expedición pasarían por lugares difíciles, preñados de historia nepalí, le interesó la aventura.

Tratando de olvidar la dureza y los riesgos que acarrearía la expedición, se había interesado vivamente por participar en ella, máxime cuando no tenía que aportar ni un centavo y era nombrado cronista y fotógrafo de la misma.

—Phil, no podremos seguir adelante. No se ve nada, ni tú puedes estar seguro de que no hayamos errado el camino de regreso.

—Sí, la brújula, sin tomar punto de referencia, no es muy fiel, incluso podemos haber pasado cerca de algún depósito geológico de hierro y la aguja de la brújula habrá falseado los datos. Jamás sabremos que hay debajo de esta nieve que pisamos, es nieve eterna.

—Podríamos tratar de levantar la tienda aquí y encerrarnos dentro de ella hasta que pase la ventisca —propuso Graham, un joven enjuto y más bien huraño, con acento canadiense que trataba en vano de disimular.

Sus padres, canadienses, se habían instalado en Manhattan y apenas podían costearle la carrera.

Swabo, piel roja de Oklahoma, de familia rica gracias a los campos petrolíferos, también se graduaba como letrado, y por su naturaleza física era uno de los más resistentes del grupo.

—Graham tiene razón, es mejor plantar la tienda y esperar a que pase el temporal —opinó.

—Sí, es lo mejor, pero de estas ventiscas no podemos fiarnos. Lo mismo dura unas horas que una semana y no habrá víveres para tanto tiempo. Lester se va a poner nervioso esperándonos en el campamento.

Phil miró a Bobby de nuevo, y le vio a través de aquella maligna nieve que les envolvía tratando de cubrirlos como un sudario, y aceptó:

—Levantemos la tienda pero sin soltarnos de la cordada. El viento se puede llevar a cualquiera de nosotros en una ráfaga y no sabemos si estamos junto a un abismo o en mitad de una planicie, no hay forma de averiguar dónde nos hallamos.

La tienda de lona plástica, completamente impermeable hasta en su suelo, fue montada con muchas dificultades. El vendaval amenazaba a cada instante con arrancarla, haciéndola desaparecer entre la nieve, entre riscos tapizados de cortante hielo, pero los miembros de la expedición de la Universidad de Harvard consiguieron sujetarla al fin y esconderse dentro de ella.

Sólo cuando la puerta fue cerrada, aislados ya del exterior, respiraron a gusto. Estaban ateridos, pero se quitaron los protectores de ojos y bocas.

Phil se despojó de los dobles guantes y comenzó a preparar el infernillo de gas natural mientras Bobby pedía:

—Un trago de *whisky* me reconfortaría.

—Ni pensarlo, nada de *whisky*. Té caliente con mucho azúcar para todos es lo que irá bien. El que tenga apetito, que coma y después, a dormir, a esperar que la ventisca pase. Luego estaremos con más fuerzas para reanudar el regreso hasta la tienda de Lester. Aquélla es más grande y allí tenemos útiles de avituallamiento.

Bobby, sentado sobre su saco de dormir, gruñó, pero como nadie protestó por la negativa de Phil de que corriera el *whisky*, se aguantó y tomó el té como los demás. El calor del infernillo fue una

verdadera estufa dentro de la tienda y transformó la nieve en líquido elemento para preparar la reconfortante infusión.

En la tienda cabían los siete, pero un tanto pegados los unos a los otros, embutidos en sus sacos de plumón e impermeabilizados.

Phil Steelman notó cómo Abigail se pegaba a él como buscando más calor y disponiéndose a dormir de esta forma. Lo mismo hicieron los demás, el calor humano allí también contaba.

Nadie hablaba, pero excepto Bobby, que roncaba, los demás permanecían despiertos, descansando física, pero no mentalmente. El viento zumbaba fuerte y la tela de la tienda temblaba mientras la nieve la azotaba implacable, como queriendo despojar a los montañeros de su cobertura que, a la vez que débil, era fuerte. Sin embargo, estaba bien sujeta y el viento no pudo con ella.

Pasaron las horas.

Jennie Ferguson abandonó su saco de dormir y se dispuso a salir al exterior. La tormenta parecía haber amainado un tanto, pero aún resultaba peligroso salir de la tienda.

—Ponte la cuerda a la cintura —le recomendó Phil— y no te alejes mucho.

Jennie sonrió. No pensaba alejarse, pero le era indispensable salir.

Afuera continuaba el vendaval de nieve. Aunque podía verse a unos metros más de distancia, todo aparecía blanco y era imposible gozar de la contemplación de un paisaje que los ojos humanos no alcanzaban a ver.

Cuando hubo terminado, se dispuso a regresar a la tienda. De pronto, descubrió una figura humana. Parpadeó, la nieve trataba de unir sus pestañas para impedirle ver. Se frotó los ojos con los guantes.

—Eh, ¿quién es usted? —preguntó dubitativa, sintiendo un miedo atávico.

Aquella figura oscura seguía en pie, quieta, sin responder. Jennie sintió un escalofrío en el espinazo que nada tenía que ver con el frío reinante.

—¡Phil, Phil, Phil! —gritó abalanzándose contra la puerta de la tienda que estaba cerrada para que dentro se conservara en lo posible la atmósfera un tanto caliente, comparada con el exterior.

Phil se apresuró a abrir. Aquella llamada a gritos hizo que todos

se pusieran en pie a excepción del corpulento Bobby, que seguía roncando.

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Ahí, ahí hay un hombre!

—¿Un hombre?

La noticia les dejó a todos perplejos. Era muy raro que pudiera haber un ser viviente en medio del temporal de nieve y viento.

La curiosidad les hizo salir a todos excepto a Bobby. En la puerta de la tienda, soportando la inclemencia del tiempo, observaron la figura humana que a unos pocos pasos de distancia se hallaba en pie, inmóvil, recibiendo la nieve que le caía encima.

—¡Eh, usted, identifíquese! —le conminó Phil.

No obtuvo respuesta. Al fin, Phil decidió ir hacia la figura para descubrir el misterio que significaba aquella aparición humana.

—¡Cuidado, Phil! —gritó Abigail—. No sabemos quién puede ser y qué intenciones trae consigo.

Phil siguió avanzando; Graham y Swabo lo hicieron tras él.

Aquella figura tenía gran cantidad de nieve encima, sobre la capucha del anorak, sobre sus hombros. Tenía los pies hundidos en la nieve hasta la mitad de la pierna.

—Debe de hacer rato que está aquí, no se mueve —observó Graham.

—Oiga, ¿se encuentra bien? —preguntó Phil.

Jennie y Abigail se acercaron también, curiosas. Al ver a sus tres compañeros alrededor de aquella figura humana, perdieron el miedo.

—Es Lester —sentenció el indio Swabo.

A manotazos, Phil le sacudió la nieve de encima, le liberó el rostro casi totalmente cubierto por la nieve.

—¡Si es Lester! —gritó Jennie—. Y había tenido miedo, qué tonta soy.

—Está muerto —observó Phil roncamente. Se produjo una desagradable tensión en el grupo.

—Pero ¿cómo habrá podido llegar hasta aquí? —se preguntó Abigail.

Graham le quitó un guante y observó con hondo pesar:

—Está hecho un témpano, todo él es un bloque helado. Debe de hacer horas que está muerto.

Phil masculló:

—No me explico cómo ha podido llegar hasta aquí para morir y cómo se ha quedado de pie como un poste clavado en la nieve.

Al quitarle las gafas y ver su rostro, les fustigó una sensación de terror.

Abigail se tambaleó y cayó sobre la nieve blanda, invadida por el mareo, mientras Jennie gritaba hasta la exasperación. Su grito halló eco en las gargantas heladas de las montañas mientras el viento seguía ululando.

—¡Dios mío, qué horror, no tiene ojos! —exclamó Graham.

—Parece que se los han arrancado —gruñó Phil.

—Debe de ser un espíritu maligno de estas montañas, quizá estemos profanando algo que desconocemos y ese algo se ha vengado en Lester —gimió Jennie.

—Debemos protegernos. No sé si será maligno o no, pero hay algo por ahí que es desagradable. No creo que el propio Lester, en un rapto de locura dentro de su soledad y en medio del temporal, se haya arrancado los ojos a sí mismo.

Phil, que se había quedado solo frente al cadáver helado de Lester, le cubrió las cuencas vacías con las gafas de protección y retornó a la tienda donde todos se estaban armando con los piolets, temerosos de que algo o alguien desconocido les atacara. En aquel momento, Bobby despertó.

—¿Qué pasa, qué es lo que ocurre? ¿Ha pasado la tormenta?

En aquellos momentos comenzaron a escuchar un rumor sordo y bronco. Era algo lejano y cercano a la vez, como si toda la tierra vibrara bajo sus pies.

—¡Es un alud, hay que ponerse a salvo! —gritó Phil Steelman.

Se miraron entre sí con miedo y desconcierto. ¿Habría llegado hasta ellos, a través de la nieve, el cadáver sin ojos de Lester para advertirles de que morirían sepultados por un gigantesco alud?

CAPÍTULO II

Se colocaron las mochilas a la espalda y sujetaron la cuerda a los mosquetones del cinturón para quedar atados entre sí y que nadie se perdiera. De esta forma, comenzaron a correr mientras el fragor del alud se hacía cada vez más horrísono, ensordeciéndoles. Era como un gigantesco monstruo que fuera a devorarlos y rugía y rugía mientras se les acercaba.

Phil Steelman, que como siempre encabezaba la cordada, corría sin saber bien hacia dónde. En medio de la nieve que caía, era difícil discernir cuándo estarían a salvo o cuándo podían morir.

La nieve cedió bajo los pies del pesado Bobby y éste perdió el equilibrio.

—¡Socorro, me despeño!

Phil clavó su piolet en la nieve para hacer fuerza, pero Bobby había arrastrado consigo a Jennie y a Graham y como la nieve seguía cediendo en aquel suelo inestable, todos se precipitaron hacia lo que podía ser el abismo, un abismo sin fondo para ellos.

—¡Phil, Phil, tengo miedo! —le gritó Abigail.

Phil pensó en cómo había propuesto a Abigail que participara en la expedición al Himalaya nepalí. Ahora se sentía culpable por lo que le pudiera suceder a la joven maestra de cultura física.

Sus pensamientos apenas duraron fracciones de segundo. Sujetos los unos a los otros, rodaron, saltaron, se deslizaron. Eran como muñecos de goma brincando entre la nieve que se desprendía de la cima del orgulloso picacho, lanzándolos al abismo para sepultarlos y hacerlos desaparecer.

Caían y caían.

Phil no podía pensar en los demás. Sabía que cualquier bloque de hielo que alcanzara a alguno de los miembros de la cordada sería suficiente para matarlo, y cuando llegaran al fondo, si estaban vivos, serían sepultados por el alud que seguía cayendo junto con

ellos. Toneladas de hielo y nieve les cubrirían para siempre y jamás serían hallados pese a que pudieran conservarse incorruptos a causa del frío.

Lo que más temía Abigail era que la pendiente terminara y apareciera una de aquellos impresionantes paredes que tanto abundaban en la cordillera, paredes verticales como cortadas a pico, de puro hielo y que se alzaban más de mil pies.

Sería como precipitarse a la calle desde la cúspide del Empire State Building de New York.

Phil cayó al vacío y luego, sobre un banco de nieve. Tras él siguieron los demás. Allí hubieran podido quedarse, quizá a salvo, pero el impulso de caída que llevaban era tan grande que Phil no pudo evitar introducirse por una garganta que terminaba en una cueva de piso totalmente helado.

Era como un río subterráneo que penetraba por aquella cueva, un río helado sobre el que patinaron perdiéndose en su negrura. De no haber sido su cauce ancho y su bóveda alta, a la velocidad con que se deslizaban se habrían matado, golpeándose contra las paredes revestidas de duro hielo.

Jennie y Abigail eran las que más gritaban. Su caída semejaba tener que terminar en el mismísimo infierno, pues continuaban deslizándose por la pendiente helada como hacia las entrañas de la tierra. No supieron cuánto tiempo estuvieron resbalando sobre el hielo, atados entre sí sin poder controlar aquel grotesco patinaje, pero, al fin, se hizo la luz y salieron de la cueva que terminaba en mitad de una pared.

El agua de aquel río subterráneo estaba helada y ellos cayeron sobre un banco de nieve en polvo que cubría totalmente el lago que recibía la cascada.

Todos estaban aturdidos, desconcertados. Jamás podrían saber dónde estaban, sólo que allí lucía el sol y no nevaba. Era como haber dejado atrás la ventisca.

—Hay que salir de aquí antes de que pueda ceder el hielo que cubre el lago donde nos hallamos.

Apresuradamente, llegándoles en algunos momentos la nieve en polvo hasta la cintura, pues se hundían en ella con mucha facilidad, dejaron atrás el lago. Jadeantes, siguieron el curso del río helado.

—Abajo parece que no hay nieve, es como un valle —observó

Phil.

Descendieron por lugares muy peligrosos y sin caminos. Al fin, la nieve comenzó a escasear y el río se tornó agua corriente y saltarina.

—Parece imposible que hayamos conseguido llegar a los valles habitados —comentó el judío Ben Schneider.

—Sí, pero no es éste precisamente el camino que tomamos para la ascensión. Esta expedición ha resultado un fracaso y lo que más hay que lamentar es la muerte de Lester.

—Lo importante es que estemos vivos —gruñó Bobby, saltando entre las piedras.

Ya se habían desatado, no había peligro. Habían descendido miles de pies, hacía frío, pero ya no corrían el riesgo de congelación.

El que más y el que menos tenía un montón de cardenales en su cuerpo y las ropas con destrozos, pero estaban vivos y aquello era lo que más importaba.

Ben Schneider opinó:

—Hay que agradecer al Señor que estemos todos vivos. Parece imposible que pese a estar inmersos en aquel gigantesco y demoledor alud hayamos salvado la vida.

—¡Mirad, es un valle verde, lleno de vida! —gritó Jennie, distendiendo sus pulmones.

La vegetación comenzó a espesarse. Había árboles, entre ellos abedules y acacias.

Todos tenían en los oídos un zumbido doloroso y la jaqueca era común. El ascenso había sido muy rápido y aunque ignoraban a qué altura se hallaban, debían de estar muy bajos, habida cuenta de la temperatura y la vegetación que les rodeaba.

—Yo no puedo más —dijo Jennie, sentándose.

Descansaron y se quitaron parte de la ropa que les hacía sudar. Luego, siguieron adelante. Phil Steelman había consultado en vano los mapas; aquella región no aparecía por parte alguna.

—¡Eh, mirad, es tierra cultivada, aquí hay gente! —gritó Ben Schneider.

Siguieron adelante hasta que Phil descubrió a un ser a lo lejos.

—Allí hay un campesino indígena, está arando la tierra con un yak.

Se acercaron. El campesino ghurka seguía arando, inclinados los hombros y la cabeza.

—¡Eh, buen hombre! —llamó Bobby.

—No nos va a entender, posiblemente no hable nuestro idioma —advirtió Abigail.

El campesino se detuvo. Tenía la cabeza cubierta por una especie de capucha, parecía un fraile y no se volvió cuando los jóvenes estudiantes, casi abogados ya, se le acercaron.

—¿Entiende nuestro idioma? —preguntó Phil.

El campesino se volvió hacia ellos. Jennie y Abigail tuvieron que contener un gemido de sorpresa, angustia y miedo.

El ghurka apenas tenía carne en su cuerpo. La piel estaba pegada a sus huesos, y su rostro semejaba una amarillenta calavera, una calavera sin ojos; sus cuencas estaban vacías.

—¿De dónde venir?

Todos se miraron entre sí, preocupados, aquello se ponía feo. Ya de por sí era extraño que un campesino nepalí hablara inglés, pero lo peor eran sus cuencas vacías que les hicieron recordar de inmediato a Lester, su compañero muerto. Quién sabía dónde se hallaría ahora su cuerpo, quizá bajo el peso de miles de toneladas de hielo y nieve.

—Realizábamos una ascensión cuando un alud nos ha precipitado y, la verdad, ni siquiera sabemos cómo hemos venido a parar aquí. Un compañero nuestro ha muerto.

—Afortunado él que ya está libre de Mudevi.

Tras aquellas palabras siguió arando, guiado por sus pies que controlaban el suelo por donde iban pasando animal y arado.

A nadie se le ocurrió interrumpirle, abordarle de nuevo. Se había creado un ambiente desagradable y tenso. Era terror, miedo, pero nadie se atrevía a pronunciar aquella palabra.

—Sigamos adelante —propuso Bobby, más por deseo de alejarse del extraño y cadavérico campesino que por continuar andando, pues estaba agotado, sus fuerzas flaqueaban.

—Eh, mirad, allí a lo lejos, sobre aquella especie de monte rocoso, hay un monasterio —dijo Jennie.

—Una lamasería —corrigió Abigail—. Los monasterios del Tibet o Nepal se llaman lamaserías y rinden culto a la doctrina budista, aunque no en la misma forma que los chinos, japoneses o hindúes.

La gente de este país cree en los demonios y en las reencarnaciones.

—Si ese campesino habla un poco de nuestro idioma, es seguro que allá arriba habrá un lama que lo hablará perfectamente y a través de él buscaremos la ruta del regreso —propuso Phil.

Siguieron adelante. No había camino fijo, atravesaban sembrados y pequeños grupos de árboles.

Cerca del montículo rocoso y casi inaccesible sobre el que se hallaba encaramada la lamasería, había un lago donde se deslizaban una docena de cisnes negros.

—Esto es precioso —comentó Abigail.

En efecto, el lago rodeado de sauces y abedules, con aguas límpidas y deslizándose por ellas los cisnes negros, tenía una gran belleza plástica, pero Graham no opinó igual.

—Siento que hay algo raro en el ambiente, aunque no sabría explicarlo con certeza.

—A mí tampoco me gusta esto. No soy un gallina, pero he leído que existen cultos orientales que han costado la vida a muchos occidentales. Además, lo que le pasó a Lester y ahora ese campesino… En fin, creo que lo mejor es que Phil se oriente bien con el mapa y la brújula y nos larguemos hacia Katmandu.

—Bobby tiene razón. Es mejor regresar al mundo civilizado, puesto que la expedición ha fracasado ya.

Todos asintieron a las palabras de Jennie, pero Phil objetó:

—Estamos agotados, maltrechos por los golpes. Es ya de por sí un milagro que ninguno de nosotros no tenga por lo menos fracturado un brazo o una pierna. Mañana sentiremos dolores por todos nuestros cuerpos. Nos hace falta descansar, comer bien y mañana reanudaremos el viaje.

Al pie del montículo rocoso, de casi un centenar de metros, sobre el que se ubicaba la lamasería, había un poblado con casas de piedra y techos de troncos que sostenían piedras y ramajes para escupir el agua.

Las puertas eran de madera muy gruesa y Ben Schneider observó:

—Parece como si tuvieran miedo de que les atacaran. Sus casas están reforzadas.

El poblado semejaba desierto a simple vista, pero escucharon griterío de niños a los que no vieron.

De pronto, descubrieron a una joven que avanzaba por aquella que podía llamarse calle y utilizaba un significativo bastón, tanteando como un insecto haría con sus antenas.

CAPÍTULO III

Todos se sobrecogieron.

La joven se detuvo frente a ellos, preguntando algo en una lengua extraña. Phil, con voz que trató de ser amigable, respondió a lo que suponía una pregunta:

—Somos extranjeros, americanos. Buscamos cobijo y guía para llegar a Katmandu.

—¿Blancos?

—Sí —respondió Jennie.

—Aquí no hay blancos. ¿Habéis llegado del cielo para salvar a nuestro pueblo que sufre?

Su inglés era muy malo, pero inteligible.

—¿Por qué os sacan los ojos? —inquirió Bobby rudamente.

La muchacha se sumió de pronto en un absoluto silencio y reanudó su marcha tanteando el suelo. Phil se acercó a ella y la cogió por el brazo.

—Espera, somos amigos, sólo queremos preguntarte…

La chica lanzó un prolongado chillido y luego cayó al suelo, revolcándose sobre sí misma, lanzando espumarajos por la boca. Jennie y Abigail retrocedieron instintivamente.

—¡Está endemoniada! —exclamó Bobby, con una repugnancia en su rostro que no intentó de ocultar.

—Bobby, venimos de un mundo civilizado, no creemos en endemoniados y sí en histeria, también en epilepsia y otras enfermedades por el estilo.

Se fueron abriendo las puertas de las casas y aparecieron hombres y mujeres.

Todos vestían aquella especie de saya con capucha y sus rostros amarillentos eran semejantes a las calaveras. Lo malo para los americanos es que todos iban armados de garrotes y herramientas campesinas semejantes a las hoces y guadañas.

Pudieron comprobar que entre ellos había muchos con las cuencas de los ojos vacías, pero otros sí veían, y uno de éstos se adelantó inquiriendo amenazador:

—¿Sois vosotros los demonios blancos?

Bobby, tartamudeando, preguntó a Phil:

—¿Has oído? ¡Están locos, locos!

—Sí, pero tranquilízate o correrá la sangre. Esta gente cree que le hemos hecho algo a la chica y pueden tomar represalias.

—¡Si no le hemos hecho nada!

—No le hemos hecho nada a la joven, se ha puesto a gritar de pronto —respondió Phil al campesino.

—Marchaos volando, demonios blancos. Nosotros somos los esclavos de Mudevi.

—Nosotros no volamos, que más quisiéramos —dijo Bobby, riendo estúpidamente cuando lo que deseaba era echar a correr.

—Sólo habéis podido llegar por el cielo o brotando de las entrañas del lago. Las grandes montañas nos rodean y protegen nuestro pueblo. No se puede entrar ni salir de aquí a menos que seáis dioses del bien o del mal. Si sois del bien, loada sea vuestra llegada, pero deberéis de vencer a Mudevi para que dejemos de ser esclavos y este valle sea liberado de su poder.

—Son unos supersticiosos —cuchicheó Jennie.

—Parece que son muy religiosos y se creen sometidos al poder del mal —opinó el judío Ben Schneider—. De momento, creo que lo mejor será seguirles la corriente e ir a la lamasería. Los lamas son hombres muy cultos y sabios y ellos podrán aclararnos la situación.

—Sí, vámonos de aquí, yo no soporto más esto, me volveré loca —dijo Abigail.

Algunos miembros del poblado se inclinaron sobre la desventurada joven para calmarla mientras los americanos retrocedían hasta el camino que conducía al escarpado montículo rocoso.

Allí existía una escalera cavada en la pura roca que ascendía en zig-zag y sin barandas de protección. Era una escalera peligrosa y subieron con precaución.

Agotados como estaban, hubieron de descansar en dos ocasiones. Ya desde casi lo alto, pudieron contemplar el valle en óptimas condiciones.

—Tienen razón, estamos rodeados de altas cumbres —observó Ben Schneider.

Swabo, el indio, opinó:

—Parecen paredes verticales, sólo accesibles por escalada, y una escalada con mucho material, exponiéndose siempre a que desde lo alto caigan piedras o bloques de hielo.

—Pero, si hemos venido a parar a este maldito lugar, también podremos salir, digo yo.

Nadie quería contestar a la pregunta de Bobby. Responderle sincera y objetivamente podía resultar el derrumbamiento de toda posibilidad de escapatoria.

—Pudiera ser que regresáramos al punto de donde hemos venido, es difícil, pero probable, pero allí también es arriesgado llegar y más cruzar aquella cueva. Cuando el agua de las nieves descienda por lo que ahora es hielo, será imposible ascender a contra corriente.

—¡No puedo creer que esto sea una ratonera! —exclamó Jennie mirando al vacío con miedo—. Una ratonera maligna… No, no voy a dejar que me arranquen los ojos como a Lester.

Phil intuyó lo que podía suceder en aquel instante y lanzándose hacia delante, con riesgo de caer al vacío, agarró a Jennie por una mano. Tiró de ella apartándola del abismo y luego la abofeteó con dureza.

—¡Basta de histeria, basta!

Jennie estalló en un sollozo.

—¡No le pegues más, Phil, no le pegues más! —gritó Abigail.

—Vamos, Phil, no exageres, no eres el padre de todos. Tú sabías más de montañismo, pero todos somos iguales —masculló Bobby.

—Ni yo pretendo otra cosa, pero dejar que Jennie, en un ataque de histeria, se suicide, es una estupidez.

Abigail abrazó a su compañera y dejó que ésta sollozara junto a ella.

Ben Schneider, práctico, opinó:

—Debemos calmamos, pero con prisa. Dentro de poco oscurecerá, y todo esto nos es desconocido, mejor será que hallemos cobijo. Mañana será otro día y buscaremos la salida a este lugar, tiene que haberla.

Jennie se tranquilizó y secándose las lágrimas, musitó:

—Sigamos.

Tras ascender por aquella escalera cincelada en la roca, llegaron a la entrada de la lamasería; no era una gran puerta como pudiera ser la de un castillo. Hasta allí no se podía subir en carruajes ni *jeeps*, sólo a pie.

—Fijaos, la puerta es de latón —dijo Bobby.

Phil corrigió con gravedad:

—Es oro puro.

Ben Schneider se acercó a la puerta y la acarició con suavidad. La palpó y casi la escrutó para opinar:

—Sí, es oro puro y parece que de un grosor considerable. Debe de valer una fortuna.

El enjuto Graham opinó a su vez:

—Lo que indica que aquí el oro no escasea y además que estamos lejos de toda civilización; de lo contrario, esta puerta se habría transformado ya en lingotes y hubiera desaparecido en el interior de las bóvedas acorazadas de algún Banco.

—Sí, es oro y vale una fortuna. En el interior quizá hallemos cosas también muy valiosas y hay que tener presente que esto para ellos es la casa de su dios y no somos colonizadores. Debemos de respetarles y que a nadie se le ocurra apropiarse de nada, podrían haber represalias. Lo que para uno de nosotros pudiera significar un feo hurto, para ellos puede ser un sacrilegio.

—Phil, lo dices como si fuéramos ladrones —masculló Bobby, molesto.

—Los blancos siempre habéis sido ladrones por naturaleza —apuntilló el piel roja.

Bobby enrojeció, encarándose con Swabo.

—¡Te voy a…!

—¡Basta! —exigió Phil—. Quedamos en que no habría roces entre razas.

—Sólo falta que de mi dinero mantenga a un maldito indio.

La propia Abigail corrigió:

—No es dinero tuyo si no de tu padre. Por otro lado, Swabo pagó su parte de la expedición.

—¡No discutamos más! —gruñó Graham.

Todos estaban nerviosos, inquietos, y comenzaron a pelear entre ellos. Lo que les había exaltado los nervios era hallarse en aquel

extraño lugar, en un rincón desconocido del Himalaya donde dejaba de ser coincidencia los ojos vacíos. Había algo maligno y todos lo acusaban.

Phil llamó a la puerta, golpeándola. Transcurrieron unos minutos y hubieron de insistir en la llamada. Al fin, la puerta de oro se abrió y aparecieron cuatro bonzos con la cabeza rapada y aceitada.

Vestían túnicas amarillas, su aspecto era místico, pero había algo desagradable en ellos pese a que no eran ciegos.

—Bien venidos al templo de la diosa Mudevi —saludó uno de ellos.

Abigail se apresuró a decir:

—Pedimos refugio por esta noche y orientación para llegar a Katmandu y regresar a nuestros países. Tratábamos de escalar el monte Dhaulagiri y por culpa de un alud de nieve nos perdimos. Suerte hemos tenido de salvar nuestras vidas.

—No sé por qué hablas tanto, a lo peor ni te entienden —rezongó Bobby.

—Sí le entendemos —replicó uno de los bonzos—, pero nosotros sólo somos discípulos en este templo y nada os podemos decir, porque nada sabemos. Sin embargo, pasad. La noche está por llegar y la noche es la muerte en la tierra de la diosa Mudevi.

La palabra «muerte» no les gustó, pero penetraron en aquel templo pétreo.

—¿Podemos hablar con el lama? —preguntó Phil.

—El gran lama de la tierra de Mudevi decidirá cuándo debe de hablar con vosotros.

Se introdujeron en una gran sala.

A derecha e izquierda se abrían sendas puertas, pero la principal estaba frente a ellos. Había un enrejado también de oro del que escapaban unos horripilantes rugidos de fieras.

Se sintieron atraídos por los rugidos y se acercaron al enrejado. A través de él pudieron ver a varios felinos con aspecto de guepardos, pero más grandes y de colmillos extraordinarios que recordaban a los extintos macairodontes o tigres de dientes de sable. Lo que era evidente es que pertenecían a una raza desconocida. Su aspecto era de maligna ferocidad y sus ojos despedían destellos homicidas, sus colmillos aparecían amenazantes

y sus rugidos sobrecogían.

—Qué felinos más extraños, jamás los había visto antes —observó Phil.

—Hacen bien en tenerles enjaulados —comentó Ben Schneider echándose hacia atrás cuando una de las zarpas trataba de filtrarse por el enrejado para herirle.

—Cuando el sol esté oculto por completo, y será dentro de muy poco, esta reja se levantará y los felinos se adueñarán de la tierra de Mudevi. La recorrerán a lo largo y a lo ancho y aquel que haya quedado sin llegar a su morada, será sacrificado por ellos.

Tras las palabras de aquel bonzo, que hablaba el inglés correctamente, Jennie exclamó:

—¡Es una monstruosidad soltar a estas fieras para que se coman a algún ciego que quede rezagado!

—Ésa es la voluntad de la diosa Mudevi y no se puede alterar.

—¿Dónde está el lama? Queremos verle —exigió Bobby con su soberbia anglosajona.

—Si queréis verle, está al otro lado de esa reja.

Fue suficiente para que a Bobby se le pasaran las ganas de ver al lama, sacerdote supremo de aquella lamasería dedicada por lo visto al culto de la diosa Mudevi.

Cuando se apercibieron, los cuatro discípulos vestidos de amarillo ya se habían alejado hacia una de las pequeñas puertas laterales. Desaparecieron por ella, cerrando tras de sí.

—¡Eh, esperen!

Swabo corrió tras ellos y cargó contra la puerta, pero era lo bastante recia como para resistir la embestida de todos juntos.

—¡Maldita sea, se han encerrado!

En aquel momento, Jennie gritó horrorizada:

—¡Mirad, la reja de las fieras se levanta! ¡Van a escapar, nos van a devorar!

CAPÍTULO IV

—¡Rápido, hay que salir de aquí! —gritó Phil Steelman.

Jennie corrió hacia la puerta de salida, pero Swabo la hizo cambiar de dirección.

—¡Hacia esa puerta, no! ¡Las fieras saldrán, la noche es suya!

—Swabo tiene razón. Si nos quedamos afuera, seremos festín de esos grandes gatos.

Ben Schneider fue el primero en desaparecer por la puerta lateral. La gran reja de oro se alzaba lentamente y las fieras semejaban ansiosas por salir. Sus espeluznantes colmillos golpeaban contra el enrejado.

Phil cerró la marcha del grupo, justo cuando la primera de aquellas grandes y feroces bestias, con él vientre pegado al suelo pétreo, conseguía pasar por debajo de la reja que las encerraba durante el día.

Saltó hacia ellos.

Phil, ayudado por Swabo, empujó la recia puerta cuando el gran guepardo de una especie no catalogada, saltaba sobre la puerta dándole un fuerte empujón para tratar de abrirla.

Sufrieron la sacudida. Aquel animal, si no pesaba los doscientos kilos, poco le faltaría y sus zarpas eran capaces de arrancar la cabeza de un hombre, de un solo manotazo.

Phil Steelman consiguió pasar el cerrojo y las fieras quedaron afuera, rugiendo y arañando la recia madera.

Abigail, jadeante todavía, observó:

—Ahora comprendo por qué las casas son de piedra y están reforzadas. Con estas fieras sueltas, se corre un peligro mortal.

—Pero esos hombres, esas mujeres ciegas, ¿cómo podrán regresar a sus casas para protegerse? —preguntó Jennie temblando aún.

—Quizá noten el calor suave de la luz y para ellos sea suficiente.

Cuando este calor disminuya, acudirán al refugio.

Ben Schneider opinó:

—Sabía que los lamas ejercían un poder político además del intrínsecamente religioso, pero jamás había oído que impusieran el terror.

—Ben tiene razón —dijo Bobby—. Soltar a esas fieras es como impedir que nadie ande suelto por el valle durante la noche.

—Quizá tenga su justificación —expuso Phil—. Quizá temen a otro peligro mayor que puede aparecer en la noche y esas fieras hacen de perros guardianes.

—Pues no son perritos de lanas precisamente —gruñó Bobby.

Por su parte, Abigail dijo:

—A mí, todo esto me intriga. Las principales lamaserías están en el Tíbet, claro que desde que el Gobierno chino controla el Tíbet, el Dalai Lama y otros muchos lamas han abandonado el país y es posible que se hayan establecido en el Nepal, Sikkim o la India, pero esta lamasería no es nueva. Debe de tener ya algún tiempo de existencia aquí.

—Lo que haría falta saber es dónde estamos exactamente —gruñó Phil Steelman—. Durante la tormenta nos perdimos. Luego, el alud nos hizo caer por lugares desconocidos. Subir es lento, pero bajar es muy rápido. Además, aquella cueva no era más que el cauce de un río subterráneo helado. Si tuviéramos un sextante, podríamos averiguar la latitud y la longitud y de esta forma deduciríamos si estamos en el Nepal o en el Tíbet. Cualquiera sabe dónde nos hallamos y bajo que Gobierno. A lo peor tenemos problemas con el Gobierno chino, quien puede acusarnos de entrada ilegal en su país.

—La única forma de evitarnos problemas es salir de aquí en dirección sur —opinó Ben Schneider.

—Eso es muy fácil de decir, pero no tenemos equipo de escalada. Todo nuestro equipo, tienda, alimentos, infernillos y botellas de oxígeno para la última ascensión al Dhaulagiri se perdió en el alud. Con lo que llevamos puesto, no sería fácil atravesar las altas cumbres heladas, sucumbiríamos sin remisión.

—A mí todo esto no me gusta. Leer el exotismo del Tíbet, el Nepal, la India o China en los libros, tiene su encanto, pero vivirlo es otra cosa. La gente que vive aquí no piensa como nosotros,

aunque, paradójicamente, chapurree el inglés.

—Si chapurrean el inglés es que tienen algún contacto con el mundo civilizado —opinó Phil Steelman—. Creo que el lama en persona podrá aclarárnoslo.

Ben Schneider, el más erudito en temas asiáticos, frunció el ceño y objetó:

—Este lama, al parecer, no rinde culto al Buda en el que se reencarna Visnú. Es una mezcla de religiones y luego divididas en sectas. Creen en Buda, pero se apartan del budismo de otros países ubicados más al Este. Según ellos, creen en Visnú eternamente vivo por la reencarnación. Su Buda es azul y posee un gran rubí, símbolo de Visnú.

—No entiendo nada —masculló Bobby—. Y toda esa zarandaja, ¿tiene algo que ver con nuestra situación aquí?

Ben Schneider suspiró.

—Puede que sí la tenga y mucho. Su doctrina es de una altísima concentración mental y por el autodominio de la mente consiguen cosas que los occidentales no logramos por ahora. Todo esto lo tratan las cátedras de parapsicología.

—Sí, he oído hablar del aura de los lamas —admitió Phil Steelman— de sus levitaciones, de sus supuestas reencarnaciones y pudiera ser que tuvieran más poderes paranormales.

—Sí, se cree que poseen gran poder hipnótico. También dominan, aunque no está muy demostrado, la telekinesia, es decir, mueven los objetos a distancia —siguió explicando Ben Schneider.

Jennie, nerviosa, preguntó:

—¿Es que queréis que nos asustemos más? ¿No es bastante con hallarnos en un lugar tan misterioso y tétrico como éste, en un lugar desconocido que no aparece ni en los mapas, con esas bestias sueltas y, por si fuera poco, con esos seres con las cuencas de los ojos vacías? No, no quiero pensar en Lester, Dios mío, qué muerte más horrible.

—De nada serviría cerrar los ojos a la realidad. Si estamos en algún peligro, hay que afrontarlo —opinó Phil.

—Tienes razón, porque, además, lo grave está en que ellos no llaman a esta tierra el valle de Visnú o de Buda, si no de la diosa Mudevi.

—¿Y quién es esa puñetera diosa? —preguntó Bobby con poco

aguante.

—Sé muy poco sobre ella, sólo que es una diosa maléfica y que fue la segunda esposa de Visnú. Si esta gente la adora, hay que entender que su culto es maléfico, un equivalente a los cultos diabólicos aberrantes que se han practicado a lo largo de los siglos en Europa e incluso en América.

Todos se quedaron mirando al erudito judío, y Abigail no pudo dejar de preguntar:

—¿Quieres decir que si rinden culto a una diosa maléfica practican ritos de los que nosotros llamamos satánicos, brujería y sacrificios humanos o algo por el estilo?

—Quizá, aunque no puedo asegurarlo. No he sabido jamás de ningún pueblo entero que rindiera culto a la diosa Mudevi y, en consecuencia, qué clase de ritos practican.

—¡Serán cosas abominables! —gritó Bobby, exasperado—. Sólo hay que pensar en esos ojos vaciados y el asesinato de Lester.

Graham agregó:

—Es muy posible que lo de Lester fuera un asesinato ritual.

—Pero ¿cómo? —preguntó Phil—. Si no se puede salir de aquí, ¿cómo llegaron a donde estaba Lester y luego, cómo se trasladó él hasta donde nosotros nos hallábamos cuando ya estaba ciego?

Ben Schneider, pesimista, opinó:

—Me temo que aquí habrán algunos misterios que nosotros con nuestra mentalidad occidental, jamás lograremos explicarnos. Sería muy interesante estudiarlos a fondo y luego escribir un libro sobre este lugar, sus costumbres y sus ritos, detenidos en el tiempo y al margen de toda civilización.

—Posiblemente, si llegaras a publicar un libro de ese tipo, te harías millonario, Ben; los judíos tenéis una rara habilidad para conseguir dinero, pero lo que yo quiero es largarme de aquí. No quiero hacerme millonario, me basta con esperar a que el viejo reviente y heredaré toda su fortuna.

—¡Eres abominable, Bobby! —acusó Abigail.

De pronto, a Jennie se le ocurrió preguntarse en voz alta:

—¿Y no tendrá nada que ver en todo esto el tan traído y llevado abominable hombre de las nieves?

En otros momentos, sus compañeros se hubieran echado a reír, pero en aquellas circunstancias, nadie tuvo deseos de soltar una

carcajada. La situación que estaban viviendo era demasiado desagradable.

—Aquí hay una escalera —señaló Graham—. ¿Por qué no subimos por ella, a ver qué descubrimos? No nos vamos a pasar la noche tras esta puerta, ¿verdad?

—De acuerdo, subamos —aceptó Phil—. Quizá averigüemos algo más acerca de lo que nos ha contado Ben sobre su teoría del culto de estas gentes a la maléfica diosa Mudevi.

En grupo, tanteando las paredes, pues apenas veían, comenzaron a ascender por aquella escalera de piedra que ignoraban en dónde iba a terminar.

CAPÍTULO V

Subieron los peldaños pétreos de la escalera de caracol hasta llegar a una amplia sala de alta bóveda. Todos miraron en derredor. La luz era muy escasa, sólo se veía gracias a la luz que todavía penetraba desde el exterior a través de los altos ventanales.

—Habrá que buscar algo para vernos mejor —opinó Graham.

—En la pared hay candelabros —indicó Swabo.

Acercó la llama de su mechero y prendió las mechas de aquellas velas gruesas y amarillentas que inmediatamente despidieron mal olor.

—No sé de qué harán estas malditas velas que huelen tan mal —gruñó Bobby.

Abigail, suspirando, dijo:

—Por lo menos, nos dan luz, que es lo más importante.

—¡Eh, mirad, si esto es una biblioteca!

Tras la exclamación de Ben Schneider, erudito en criptografía y lenguas muertas, todos miraron en derredor. Había grandes anaqueles en los que estaban cuidadosamente colocados volúmenes y rollos de papiro que debían tener una gran antigüedad.

Algunos de los libros eran totalmente de piel, cada hoja una lámina de piel perfectamente curtida.

—Será tu paraíso, ¿eh, Ben? —opinó Phil Steelman con una sonrisa, tratando de romper el desagradable ambiente que les había dominado poco antes.

Ya no se escuchaba el rugido de aquellos grandes gatos de enormes colmillos, temibles zarpas y ojos homicidas.

De pronto, algo brotó de la bóveda en donde se hallaban, graznando con una fuerza que aterrorizó a las muchachas.

—¡Son cuervos! —gritó Phil.

Hubieron de protegerse, pues las negras aves descendieron desde lo alto para lanzarse sobre sus rostros.

Jennie se refugió junto a una ventana mientras dos de aquellas aves picoteaban el brazo con que se protegía la cara.

Phil Steelman, comprendiendo la situación que estaba pasando, se acercó a ella y de dos puñetazos lanzó a los cuervos por la ventana mientras Jennie, con algunas heridas entre el cabello, de las que manaba sangre, lloraba angustiada.

Swabo y los demás consiguieron deshacerse de los feroces cuervos que terminaron alejándose por las ventanas.

—Malditos cuervos, nos querían comer los ojos… —mascullÓ Bobby.

Abigail, sombría, se preguntó en voz alta:

—¿No serán ellos los culpables de lo que le pasó a Lester y también de la cantidad de ciegos por ojos vaciados que hay en este maldito pueblo?

—Imposible —sentenció Graham—. Un cuervo no soportaría jamás las alturas a que estábamos, la nieve, ni tan bajas temperaturas.

—Yo opino como Abigail —terció Jennie—. Esos cuervos son peligrosos, hay que estar atentos con ellos si no queremos quedarnos sin ojos. En este lugar, nadie puede estar tranquilo. Los grandes guepardos andan sueltos durante la noche y luego, esos cuervos están buscando a víctimas a quienes dejar ciegas. Con razón las casas son de construcción tan recia.

—Mañana hablaremos de todo esto con el lama, si es que nos recibe. Tengo entendido que son muy cordiales, pero difíciles de dejarse ver —dijo Phil.

Mientras, Swabo había iluminado más de las velas que se hallaban en candelabros colgados de las paredes. Ya tenían luz suficiente para que ningún rincón de aquella biblioteca quedara en las sombras.

—Esto no tiene salida —dijo el indio—. Sólo se puede entrar o salir por donde lo hemos hecho nosotros.

—Yo estoy fatigadísima, no puedo más —suspiró Abigail.

—Nos hace falta descanso a todos, pero habrá que vigilar. Las ventanas no tienen cristaleras, a los monjes de la lamasería no debe preocuparles el frío, por lo tanto, los hombres montaremos guardia; las chicas podéis dormir.

Todos asintieron a las palabras de Phil. Incluso, Ben Schneider

se apresuró a decir:

—Yo haré la primera guardia, si no os parece mal. Estoy muy interesado en los rollos de papiro que pueden ser muy antiguos y en los libros de piel. Jamás pensé que tendría una ocasión tan especial como ésta. Para mí, esto es más importante que alcanzar la cumbre del Everest.

Nadie opuso inconvenientes.

Las dos chicas escogieron la mesa para dormir, haciéndolo debajo de la misma. No tenían mantas para cubrirse y debían de agradecer que la temperatura era primaveral y ellos llevaban acolchadas ropas de abrigo.

Graham, Bobby y Swabo se repartieron, no alejándose mucho entre unos y otros, mientras Ben Schneider, menudo y enjuto, iba de una parte a otra como un ente codicioso en medio de un gran botín recién descubierto y sin saber dónde escoger primero.

Al fin, se decidió por un grueso libro de piel con incrustaciones metálicas.

Aquel enorme volumen, pues pesaría cerca de los cincuenta kilos, parecía la obra más preciada de aquella biblioteca, desconocida para el mundo y custodiada por las altas cumbres eternamente heladas de los montes del Himalaya.

* * *

—¿Te ayudo?

—Ah, Phil. ¿Es que no piensas dormir?

—Pues, la verdad, estoy agotado, pero me costaría mucho pegar un ojo.

—Yo tampoco podría pegarlo teniendo aquí tanto por leer y descifrar. Es posible que casi no descifre nada, pero sólo tocarlo me produce escalofríos en la espalda. Es como abrir las puertas a una nueva dimensión, aquí está todo un pasado que el mundo occidental posiblemente desconoce.

—Quizá estemos profanando algo sagrado.

—Para el saber, para el descifrar el pasado, para la historia y la filología, no hay profanación, Phil.

—Sin embargo, los monjes de este lugar pueden no estar de

acuerdo.

—No pienso llevarme estos libros a nuestro mundo, en primer lugar porque necesitaría un vehículo para trasportarlos. Con éste tan sólo, apenas puedo levantarlo.

—¿Y tú entiendes lo que pone aquí en la tapa con letras de oro?

—Algo, tengo que refrescar mi memoria. Esto es sánscrito y, si no me confundo, aquí dice: «Libro de la diosa Mudevi».

—¿La diosa que domina este valle o lo que sea?

—Eso es, Phil.

—A ver si no habláis tan alto y dejáis dormir —gruñó Bobby.

Bajaron los tonos de la voz mientras levantaban la tapa de cuero distinto a las hojas, mucho más grueso y duro.

Lo primero que descubrieron fue un gran dibujo que mediría sesenta por cincuenta centímetros.

—¡Phil, es la diosa Mudevi, aquí abajo lo pone!

—Bueno, yo no entiendo sánscrito, pero aquí veo a una mujer con aspecto maligno que cabalga sobre un asno y lleva un pendón en el que se ve un cuervo.

—¡Exacto, Phil, exacto! —exclamó Ben Schneider. Al mirar a Bobby, volvió a bajar el tono de su voz—. El asno es su impureza, puesto que ella era la segunda esposa de Visnú y el cuervo es su animal simbólico. Los cuervos anidan en esta lamasería, lo que quiere decir que aquí deben de ser aves sagradas; por lo tanto, no cabe duda de que este recinto está consagrado a la diosa Mudevi.

—Ben, sólo sé lo básico acerca de Visnú y sus reencarnaciones, que tienen cierta analogía con las teorías darwinianas sobre la evolución.

—Según ellos, no se muere jamás. Si un lama muere, otro ocupa su lugar y le sigue en todo, pero no en la forma que entendemos en occidente, si no que el nuevo lama tiene el espíritu del anterior y así siempre es el mismo. Si vemos a un lama longevo al que podemos deducirle una edad de entre ochenta y noventa años, no debemos asombrarnos si dice que tiene novecientos años, pues según su teoría de la reencarnación no miente.

—Todo esto está muy bien, pero somos occidentales y no nos tragamos lo de la reencarnación.

—Phil, te asombrarías de cuánta gente en toda la Tierra cree en esas teorías.

—Si ellos siguen esa teoría, hemos de pensar que tendrán un lama viejo que nos dirá que tiene muchos más años de los que realmente tenga.

—Sí, posiblemente nos hable como si estuviéramos en la Edad Media o algo por el estilo, máxime teniendo en cuenta que ellos pueden estar encerrados en este lugar desde hace siglos sin conocer nuestra civilización.

—Ellos chapurrean nuestro idioma, por lo tanto han debido de tener contacto con nuestra civilización.

—Sí, pero hace ya siglos que los ingleses pasaron por la India, China o Pakistán.

—Ben, tú pareces creer en todo esto.

—No es que crea, es que estudio su religión y su filosofía. Para ellos, Visnú es la segunda persona de su Trinidad, el sumo hacedor, representado como un pez, un quelonio, un jabalí o un hombre-león, millones de años después, Ellos siguen la evolución partiendo también de la base de que la vida nació en las aguas. La última reencarnación de Visnú fue en Buda, teoría que no comparten los japoneses, los chinos ni los indochinos. La verdad es que resulta muy difícil comprenderlo, pero para ellos, la medida del tiempo es distinta que para nosotros.

—Un día es igual a otro día, aquí y en Nueva York —puntualizó Phil, escéptico.

—Sí, pero no para sus espíritus.

—De acuerdo, aceptaremos su extraña forma de ser el tiempo que tarden en indicarnos cómo regresar a Katmandu o a cualquier otro lugar con aeropuerto o puerto de mar.

—Esperemos que lo sepan, quizá no hayan visto jamás un avión, ni siquiera el mar.

—Será mejor que estas opiniones no las digas muy en alto, Bobby está que revienta y las chicas, asustadas.

—¿Y quién no? Podemos hallarnos en un mundo desconocido, anclado en el tiempo.

—A ti, esto te parecerá un pastel de cumpleaños, Ben, pero los demás nos interesaremos más por el sánscrito, el budismo y su Visnú cuando estemos en Estados Unidos y en una confortable biblioteca, sin cuervos con ganas de sacarnos los ojos.

Ben Schneider, pensativo, sin dejar de contemplar la imagen de

la diosa Mudevi que aparecía en el grabado sobre piel montada en el impuro asno y sosteniendo el pendón del cuervo, se preguntó:

—¿En quién creerán ellos que se ha reencarnado la diosa Mudevi?

—Ah, pero ¿tú crees que esa diosa está aquí?

—Yo no soy politeísta, Phil, pero ellos sí creen en esa diosa. Este lugar, ellos mismos nos lo han dicho, está consagrado a la diosa Mudevi. Se sienten dominados por ella, le rinden culto y sus ceremonias tendrán un equivalente a las misas negras de Occidente que dan culto a Satanás.

—¿Quieres decir que alguien les domina, haciéndose pasar por la diosa Mudevi?

—No lo sé, Phil, aunque esos dioses no se reencarnan necesariamente en una persona. Como te he dicho, Visnú fue pez, tortuga, jabalí y hombre-león. Ignoro lo que pueden estar adorando estas gentes, pero, sea lo que fuere, por ser diosa maléfica, será forzosamente maligno.

—Sí, en el mundo hay muchos cultos maléficos, desde el vudú a las supuestas brujerías, pero yo no creo en sus poderes, aunque sí acepto que hay neuróticos practicantes y no me gustan.

—A mí tampoco, pero lo que aprenda aquí, aunque sea en más horas, pueden ser grandes revelaciones cuando las cuente en la Universidad de Harvard.

De pronto, la gran tapa del manuscrito se cerró, atrapando la mano de Ben Schneider.

El judío lanzó un grito de dolor que despertó a sus compañeros.

Phil Steelman, desconcertado, alzó la tapa para que Ben Schneider pudiera sacar la mano. Éste consiguió hacerlo, pero doliéndose de ella.

—Por todos los diablos, Ben, ¿qué te ha ocurrido? —inquirió Phil.

Jennie y Abigail salieron de debajo de la mesa. El gran libro estaba sobre ella, cerrado, y todas las miradas convergían en él.

—No me harás creer que este libro tiene vida propia, ¿verdad, Ben? Tendrá algún resorte en su interior.

—No lo sé, Phil, pero los lamas poseen poderes que no están a nuestro alcance.

—Tonterías.

Phil Steelman intentó abrir el libro sin conseguirlo. Todos seguían mirándole con perplejidad. Phil trató de cargar con el libro, pero semejó que lo hubieran lastrado con una tonelada de plomo.

—No te esfuerces, Phil. Este libro está bajo el poder de algo superior a nuestras fuerzas.

En aquel momento comenzaron a escucharse unos cantos quejumbrosos que parecían brotar de las mismísimas piedras. Eran cantos que sobrecogían mientras el gran libro de la diosa Mudevi permanecía sobre la mesa sin que pudieran moverlo.

Jennie, sin poder controlar más sus nervios, se arañó el rostro y comenzó a gritar al tiempo que, sin que nadie lograra impedirlo, echaba a correr hacia la puerta de la escalera de caracol, desapareciendo por ella.

—¡Jennie, Jennie! —chilló Abigail sin poderse mover, como si hubiera quedado atrapada dentro de un enorme bloque de hielo.

CAPÍTULO VI

Descendieron por la escalera de caracol, deteniéndose ante la puerta que les había protegido de aquellas fieras de largos colmillos, no tanto como los extinguidos dientes de sable, pero sí más eficaces.

—La puerta está abierta —dijo Graham.

Un instinto de conservación sujetó sus pies. Afuera debían de estar aquellas fieras contra las que no podían luchar, contra las que estaban indefensos.

—Jennie se ha vuelto loca y si ella ha querido suicidarse no tenemos por qué hacerlo nosotros también —rezongó Bobby.

—¡Gordo animal! —escupió Swabo.

—¡Maldito indio, te voy a…!

—Tenía que salir lo de maldito indio, ¿eh? Lo llevas en la sangre —replicó Swabo cuando el fornido Bobby se le venía encima y él se disponía a rechazarle con sus puños.

Phil Steelman se puso entre ambos, separándoles.

—Pelear entre nosotros sólo hará que empeoren las cosas.

—Yo no salgo estando esas bestias sueltas —masculló Bobby.

—Es un riesgo salir —admitió Phil—. Iré yo en busca de Jennie, uno solo tiene más oportunidad de escapar a las fieras. Los demás, continuad encerrados aquí, ¿correcto?

—No —cortó Swabo.

—¿Por qué? —preguntó Bobby.

—Porque yo acompaño a Phil y hago lo que me da la gana, ¿entendido?

—Algún día te partiré la boca —gruñó Bobby.

Phil comprendió que dejarles juntos podía constituir un nuevo problema y decidió aceptar la compañía del piel roja.

—De acuerdo, Swabo, vámonos y que sea lo que Dios quiera.

Phil y Swabo cruzaron la puerta. Inmediatamente, ésta se cerró a

sus espaldas. Bobby se había apresurado a hacerlo al tiempo que decía a través de ella:

—Que los gatos no os encuentren.

—Eres un estúpido, Bobby —acusó Abigail.

Los cuatro reemprendieron la ascensión por la escalera de caracol, de retorno a la biblioteca.

Las puertas, a excepción de las pequeñas, estaban abiertas, pero era como si estuvieran más cerradas que nunca. Hallándose las fieras libres, nadie del poblado se atrevía a subir al monasterio sabiendo que podían estar agazapadas por las escalinatas o tras cualquier roca.

—¿Dónde se habrá metido Jennie? —se preguntó Phil.

Se acercaron a la puerta de oro macizo que daba entrada al monasterio y miraron hacia afuera.

De pronto, hasta ellos llegaron claramente los rugidos de los guepardos, rugidos que espeluznaban, rugidos que debían de atravesar aquel fértil valle con buen clima hasta lo más recóndito del mismo. Era el dominio total de las fieras sobre el valle, si es que aquello era un valle realmente.

—¡Cuidado, Phil, una de esas panteras! —gritó Swabo.

En efecto, frente a ellos estaban los grandes ojos verdosos, a veces rojizos, observándoles con fijeza. Eran como dos pupilas suspendidas en el aire.

La demoníaca fiera, dispuesta a atacar, abrió sus fauces. Sus colmillos semejaron fosforescer al tiempo que rugía aterradoramente antes de lanzarse contra ellos, clavando en el suelo sus garras no retráctiles como las de los guepardos. Mas, aquella bestia que saltaba hacia ellos dispuesta a despedazarlos, a cortarlos en dos a dentelladas, a rasgarles los cuerpos con sus enormes colmillos que llenarían su boca de sangre, tenía un peso doble al del guepardo y sin contar la cola, sobrepasaba los dos metros de longitud.

Phil no lo pensó dos veces y empujó la puerta cuando la fiera se abalanzaba sobre ella. Swabo apoyó también su espalda para poder resistir la embestida del enorme felino, con más de doscientos kilos de peso.

La puerta vaciló. Los hombres sabían que si la fiera conseguía abrirla, los segundos de su vida estaban contados.

—¡Aprieta, Swabo, aprieta!

—¿Y qué estoy haciendo, maldita sea? —masculló el indio apretando los dientes mientras apoyaba los talones en el suelo para empujar la puerta con la espalda.

Phil Steelman sudaba copiosamente, aquél era el mayor esfuerzo de su vida.

La fiera arremetía contra la puerta que cedía a cada embestida y el animal parecía tener la conciencia de que los hombres, aquellos seres ridículos y blandos, cederían. Era como si la impulsara una mente demoníaca.

—Swabo, hay que aprovechar entre dos embestidas y ajustar la puerta para pasar el cerrojo.

—Entendido, hemos de conseguirlo.

Aguantaron la siguiente embestida mientras se oían los enormes zarpazos del animal arañando el oro, produciendo un escalofriante chirrido mientras rugía llenando la lamasería con aquella mezcla de odio y deseo de matar.

Se escuchó el pase del cerrojo y Phil suspiró.

—Ya está, le hemos dejado afuera.

Swabo respiró hondo. Luego, dijo:

—Esperemos que no quede ninguno dentro.

—Cualquiera sabe lo que encontraremos. Primero estas fieras, luego esos endemoniados y peligrosísimos cuervos. ¿Qué más habrá?

Tras un nuevo rugido de la fiera que se sentía frustrada afuera, rugido que obtuvo respuesta en sus hermanos de especie, se escuchó un profundo y larguísimo chillido de mujer. Era como si hubiera brotado de lo más hondo de una sima.

—Es Jennie —musitó Phil mientras se miraban cara a cara.

—Pues habrá que encontrarla. Deberíamos haber buscado una vela, esto está bastante oscuro.

—Nos las arreglaremos. Es posible que encontremos más de esas hediondas velas.

De nuevo comenzaron a escucharse los quejumbrosos cánticos de los monjes guardianes de la extraña lamasería. Ambos miraron hacia el techo buscando algo, una bóveda que no veían; la negrura les rodeaba.

—Esos malditos cantos… Habían callado y empiezan otra vez,

algo significarán —gruñó Swabo.

—Pues no sé si podremos averiguarlo. Los monjes se han ido por esa puerta, ellos también temen a los enormes gatos.

—¿Qué haremos entonces?

—Los bonzos han dicho que el lama estaba tras la reja de oro y nadie mejor que el lama puede aclararnos lo que ocurre aquí y, por supuesto, dónde está Jennie.

—Estaba como loca. Mientras no se arroje al vacío…

Avanzaron con cautela.

Tras la reja olía fétidamente y todo estaba sucio por el orín y los excrementos de los felinos. Había restos de carne que se disputaban las ratas chillando, ratas que no se atreverían a aparecer cuando los amos y señores estuvieran allí encerrados.

—Hemos de encontrar una salida, un paso que nos lleve a alguna parte. En realidad, esto es como una antesala protegida por esos guepardos o lo que sean.

—Encenderé mi mechero.

Swabo prendió el mechero y miró en derredor. Algunas ratas chillaron mostrando sus dientes hostiles al comprobar que sólo eran hombres y no felinos.

—Allí hay algo que parece una puerta.

En un rincón había una angosta puerta de rejas también de oro.

—Parece que el oro abunda en este lugar perdido del mundo, debe de existir un yacimiento de importancia.

La reja estaba cerrada, pero Phil pasó su mano por entre los barrotes y descorrió el cerrojo, acción que no podía ocurrírsele a ninguno de aquellos felinos.

—Sigamos adelante, tenemos paso libre ahora.

Cruzaron la reja y Swabo se apresuró a cerrarla.

—Por lo menos tendremos las espaldas guardadas.

—Mira, ahí hay uno de esos candelabros adosados a la pared y con velas. Tomaremos un par de ellas y nos servirán para iluminarnos el camino.

Cogieron sendas velas de un grosor de unas tres pulgadas de diámetro, que garantizaban la continuidad de la luz durante horas y encendieron sus mechas.

—Lo que es extraño es que si está cerrada esta reja, Jennie haya venido por aquí.

El indio, con el rostro iluminado por la vacilante luz de las velas, que semejaba arquear más sus cejas, respondió:

—No hay otra puerta, a menos que se haya ido afuera y entonces los grandes gatos la habrían despedazado. Si eso hubiera ocurrido, no habríamos escuchado su chillido hace unos momentos.

—Supongo que en todo esto, Jennie no ha estado sola. Una mujer enloquecida y huyendo que encuentra puertas como ésta, no las abre y vuelve a cerrarlas.

—Sí, no es un comportamiento lógico.

—Entonces, andemos con cuidado. En la desaparición de Jennie han intervenido mentes inteligentes con las que debemos de contar.

Se adentraron por un angosto corredor siguiendo aquellos cánticos quejumbrosos que sobrecogían.

Encontraron varios caminos. El corredor era una especie de túnel pétreo que se escindía.

—Puede que esto sea una trampa.

Swabo volvió su rostro hacia Phil y preguntó:

—¿Crees que pueda ser un laberinto?

—No lo sé, pero quizá nos perdamos. Ignoramos totalmente cómo es esta lamasería por dentro.

—Entonces, dejémonos guiar por nuestra intuición.

—De acuerdo.

—Podríamos separarnos, pero creo que será peligroso.

—Sí, es mejor ir juntos. Estando desarmados, cuatro manos valen más que dos.

—Eso opino yo también.

Anduvieron por más túneles con la sensación de que estaban caminando en círculo. De pronto, aparecieron en una gran sala.

Era la nave principal del templo, iluminada por grandes candelabros de pie.

Ambos se sintieron intrusos en un lugar donde se les consideraría como infieles, como seres impuros.

—Mira los monjes —señaló Swabo.

Los bonzos estaban arrodillados en el suelo con los brazos cruzados y los ojos cerrados mientras sus bocas se movían para entonar aquel canto que después de retumbar en los túneles del monasterio ascendía hacia la bóveda principal que terminaba en el mismísimo cielo, ya que culminaba en una circunferencia

descubierta en el centro de la cual se veía claramente la luna.

—¡Mira, Swabo, es Jennie!

El indio agrandó sus ojos ante aquella sorpresa. Tendida sobre el altar del templo estaba la trigueña Jennie.

CAPÍTULO VII

El altar se hallaba iluminado por cuatro grandes candelabros de pie que sostenían siete gruesas velas cada uno, sumando un total de veintiocho.

El altar era rectangular y también del noble metal que indudablemente abundaba en aquel lugar perdido del mundo.

Jennie Ferguson había arrojado sus ropas junto a la escalinata y yacía quieta sobre el altar, cubierta por una sedosa túnica semitransparente.

Tras el altar había un gran retablo y en su centro una pintura. Los dos norteamericanos ya la conocían, era la diosa Mudevi montada en su impuro asno y enarbolando el pendón con el emblema del cuervo. En la otra mano sostenía un grueso rubí que mostraba con orgullo.

—Swabo, me temo que estas gentes cultivan el sacrificio humano.

—Pues, si mi vista no me engaña, Jennie tiene sangre en la cara.

—Acerquémonos con cautela, quizá hayamos llegado a tiempo.

Los monjes seguían con los ojos cerrados, cantando algo que resultaba incomprensible para ellos. Sumidos en éxtasis, no semejaban percatarse de su presencia.

Swabo y Phil subieron los siete peldaños. Al aproximarse a la yacente Jennie, el indio no pudo por menos que mascullar:

—¡Malditas bestias!

Phil apretó la quijada con fuerza. Hubiera deseado gritar pero entonces escuchó unos graznidos. Por encima de ellos revoloteaban los cuervos.

Las cuencas de los ojos de Jennie aparecían ya vacías, maligna y torturantemente vacías, como las de Lester, pero en Jennie era obvio que la atroz extirpación por parte de los cuervos acababa de realizarse.

—Está desmayada pero viva —observó Swabo.

El pecho de Jennie apenas se movía, pero Phil, acercando su mano a la altura del corazón, notó su pálpito. De repente, por encima de los cantos, les llegó una voz profunda, hablando en perfecto inglés:

—Vive y no sufre. No debéis de preocuparos, vuestra hermana ha sido entregada a la diosa Mudevi y ella, agradeciendo el sacrificio, seguirá otorgando la paz y la sabiduría a este pueblo.

Swabo y Phil miraron a los lados y en una especie de ábside descubrieron a un ser de gran longevidad.

Su cráneo estaba sin un solo cabello y brillante por el óleo. Tenía un largo bigote cano que se fundía con la barba y la boca con que acababa de hablarles apenas se veía. Estaba desnudo hasta la cintura y podían contarse sus costillas a simple vista.

Delante de él, a derecha e izquierda, dos grandes vasijas humeaban algo aromático y desconocido, formando una bruma alrededor de aquel enigmático ser.

—¿Eres tú el lama de este templo?

—Así es. Por la gracia de la diosa Mudevi, yo soy el lama desde siglos. Ella es la segunda esposa de Visnú y muestra en su mano el gran rubí que éste le entregó como ofrenda de esponsales.

—¿Cómo han podido permitir que se cometa esa salvajada, que esos cuervos se coman los ojos de Jennie?

—Los cuervos son sagrados en esta tierra. Mirad el pendón de la diosa, es su animal preferido. Ella nos dice que hay que dejarlos vivir y es su costumbre devorar los ojos que vean quietos y abiertos. Cuantos son ofrecidos a la diosa, quedan así en el altar, con los ojos abiertos e inmóviles, lógico es que tomen su parte del sacrificio y la diosa lo agradece.

—¡Está chiflado! —acusó Swabo.

—Sois de un mundo distinto al nuestro y no comprendéis. Sólo con la protección de la diosa nuestro pueblo puede sobrevivir y en pago hay que ofrendarle sacrificios que ella, generosa, no toma en muchas ocasiones.

—¿Qué quieres decir, que algunos se salvan de que les extirpen salvajemente los ojos? —inquirió Phil, conteniendo a duras penas su cólera.

—No. La diosa no interviene en cuanto puedan hacer sus aves

protegidas. Es todo su cuerpo y su espíritu lo que ha de tomar.

—Phil, este tipo está loco y me temo que no van a terminar aquí sus salvajadas.

—Sí, será mejor que nos llevemos a Jennie cuanto antes.

Al tratar de coger a la muchacha, sintieron un fortísimo dolor de cabeza, una jaqueca horrible que les hizo vacilar sobre sí mismos y hasta doblar las rodillas mientras se oprimían las sienes.

Swabo gritó de dolor, era como si le hubieran puesto cascos al rojo y les oprimieran los cráneos con intención de destrozárselos.

La presión cedió y ellos respiraron, caídos sobre los escalones sin haber logrado arrancar a Jennie del altar de oro.

—Nadie puede arrebatar la criatura ofrecida a la diosa Mudevi. Ella aparece en el cielo en medio de la tormenta, encarnada en el rayo que da la luz y que todo lo quema. Quizá la diosa aprecie más el sacrificio de seres de piel blanca como vosotros, aunque no todos la tengáis. Está próximo el día en que la diosa tomará cuerpo físico, dejará de ser rayo y se reencarnará en algo tangible. Todo su pueblo está esperando ese día y quizá la diosa se digne acercarse más a nosotros si somos generosos con los sacrificios.

—Fíjate, Swabo, del altar parte un grueso cable de oro que asciende a lo alto.

—Sí, creo que pensamos lo mismo.

—Arriba hay un pararrayos y si sobreviene una tormenta, absorberá el rayo y abrasará a Jennie.

—Por lo visto, ése es el sistema que utiliza la supuesta diosa para aceptar los sacrificios humanos. Hay que sacar a Jennie de aquí.

No pudieron acercarse al altar, una fuerza invisible se lo impedía, algo inmovilizaba sus piernas y comenzaba a nublar sus mentes.

—Nuestro pueblo tuvo que huir de las casacas rojas hace muchísimos años. Se internó en las montañas de las nieves eternas y la diosa Mudevi, que no quería que su pueblo se extinguiera, nos condujo hasta este valle cerrado que cuando Visnú se había reencarnado en tortuga fue el cráter de un enorme volcán y ahora es tierra fértil. Aquí, a salvo del mundo que nos persiguió y que nos odia, viviremos eternamente. Ahora, marchaos, vivid en nuestro pueblo hasta que uno a uno seáis llamados al altar. Obedeceréis la

llamada y entregaréis vuestros cuerpos a la diosa. Los cuervos os limpiarán de todas las miradas impuras.

El lama que rendía culto a la maléfica diosa pintada de verde, dejó de hablar, envuelto en aquel suave humo que brotaba de las tinajas.

Phil Steelman y Swabo sentían en sus mentes algo similar a aquellas brumas. El lama, poseedor al parecer de un gran poder mental, les había sumido en un estado de somnolencia del que no podían escapar.

Phil trataba en lo más recóndito de su mente de luchar contra aquel poder psicológico que le dominaba, mas no lo conseguía.

Se notaba ingrávido lo mismo que su compañero y ambos dieron la espalda al lugar donde yacía Jennie. Se alejaron con paso monótono y lento mientras en el techo estrellado que constituía la bóveda de la nave principal del templo comenzaban a aparecer gruesos nubarrones, vanguardia de una tormenta.

Jennie permanecería allí, esperando a que un rayo fuera atraído por el pararrayos del templo que en realidad no actuaba como pararrayos, sino como instrumento letífero de sacrificio.

Toda la fuerza eléctrica del mismo pasaría por el altar antes de sumirse en las entrañas de la lamasería, donde habría de morir no sin antes carbonizar el cuerpo de Jennie.

CAPÍTULO VIII

—¡Estoy harto de todo esto! —rezongó Bobby.

—No haces más que gruñir.

Tras la acusación de Abigail, Bobby siguió rezongando.

—En mala hora se me ocurrió pagar esta expedición al Dhaulagiri.

—No la pagaste tú, sino tu padre —puntualizó Ben Schneider.

Graham caminaba arriba y abajo de la tétrica biblioteca con las manos en los bolsillos, como si estuviera midiendo lo larga que era.

—Será mejor que nos lo tomemos con calma —dijo—. Ya nada se puede hacer excepto partir de aquí mañana mismo. Sólo hay que seguir la dirección Sur y a alguna parte con puerto arribaremos.

Abigail, escéptica, replicó:

—Si estamos rodeados de altísimos picos que se elevan más de seis mil metros por encima de nosotros, no llegaremos a ninguna parte porque no podremos rebasar la cadena montañosa. No tenemos material para escalar ni para resistir unos días en los hielos de las cumbres. Me temo que nos quedaremos aquí hasta que venga alguien a rescatarnos.

—¿Cómo?

Tras la pregunta de Bobby, Abigail se encogió de hombros.

—No sé, con un avión o un helicóptero, tal vez.

—Un helicóptero no se atrevería a internarse en el Himalaya —advirtió Graham—. Las corrientes de viento son muy fuertes y traidoras. Una cosa es volar en los Alpes europeos o en las Rocosas americanas y la otra venir aquí al Himalaya, al techo del mundo.

—Si por lo menos supiéramos dónde hay un emisor-transmisor —siguió rezongando Bobby.

—En este lugar no creo que lo tengan. Viven anclados en el pasado, hasta esos felinos recuerdan a los extinguidos macairodontes pese a que ya están mutados y se parecen más a los

guepardos asiáticos aunque doblen su tamaño. Estos animales existen aquí porque no han tenido ningún contacto con el mundo, al otro lado de esos elevadísimos montes que nos rodean.

—Vi una vez una película en la que un avión caía en un lugar semejante a éste, tenía una salida y la gente era buena —observó Abigail.

—Sí, ya lo leí en novela —agregó Graham—, pero no estamos en la misma situación. Esto es tétrico, hay algo maligno en el ambiente. Esos cantos lúgubres, esos seres ciegos, el propio Lester, la huida de Jennie. En fin, no me gusta nada esto, yo también deseo escapar.

—Quizá el secreto de todo se halle en este gran libro que hay aquí sobre la diosa Mudevi —dijo Ben Schneider tocando el libro con cierto reparo, pues aún le dolía la mano por haberle quedado atrapada con anterioridad por la pesada cubierta.

—Yo no soy espiritista ni creo en seres maléficos, sólo quiero largarme. No me gustan esos felinos que rugen afuera.

—Esos felinos nos indican que cuando abandonemos el monasterio sólo tendremos las horas diurnas para llegar adonde sea. Luego, al anochecer, cuando las fieras salgan a la caza de lo que haya vivo, quedaremos indefensos contra ellas —advirtió Graham con su acento afrancesado que no conseguía disimular.

—Me temo que todo lo que hay aquí está dedicado a la maléfica diosa y si queremos averiguar algo para poder escapar, debemos desentrañar primero los misterios que la rodean.

—¿Y por qué no intentas descifrar algo de ese libro, Ben? —le preguntó Abigail—. Quizá encuentres algo sobre una posible salida de este lugar.

—Este libro está controlado por una mente más poderosa que la nuestra, la mente de un lama que ha llegado a utilizar a voluntad unas partes del cerebro que los demás mortales sólo empleamos circunstancialmente y siempre sin control consciente.

—Yo no creo en los poderes de las mentes a distancia.

—Pues haces mal, Bobby. En varias cátedras universitarias se ha comprobado sobradamente la telekinesia, moviendo unos dados a distancia. En México también hubo un caso comprobado, fue el de unos niños que cuando entraban en un establecimiento farmacéutico se rompían los objetos que había en los estantes, de

tal manera que se les prohibió la entrada.

—Eso es brujería —gruñó Graham.

—Nada de brujerías, son facultades paranormales. Todos las tenemos en mayor o menor grado, pero no sabemos utilizarlas. Sin embargo, se cree que los lamas consiguen controlar algunas de estas facultades y es de suponer también que unos lamas más que otros. Quizá nos encontremos con un lama muy poderoso.

—Tonterías. —Bobby se acercó al libro y levantó la tapa sin ningún obstáculo—. ¿Lo veis? Son tonterías, el libro no tiene ninguna particularidad.

Graham, Ben Schneider y la propia Abigail quedaron perplejos.

—Es incomprensible, antes no se podía abrir la tapa —dijo Abigail.

—Eso es que este judío y el superman de Phil, el gran jugador de rugby, nos querían jugar una mala pasada asustándonos, pero a mí no me la juegan.

—Tú puedes creer lo que quieras —replicó Ben Schneider—, pero este libro está controlado por un poder a distancia, algo difícil de hallar y de comprender, ya lo sé, pero que cualquier parapsicólogo ruso, americano o de la Europa occidental podría explicar mejor que yo.

—Pues a mí no me influye esa fuerza magnética o lo que sea —replicó Bobby, altivo.

—Es posible que quien controlara el libro, quien nos estuviera controlando, haya dejado de concentrarse en nosotros para fijar su poder mental en otra cosa que crea más importante.

—Yo no lo creo, a mí sólo me inspiran cierto respeto los felinos que hay afuera y si tuviera un buen fusil «Magnum», ya veríais lo que haría con ellos. No se volvería a oír un solo rugido más en este maldito lugar.

—Eso es una barbaridad. Estos animales serían recibidos con elevadísimo interés en los zoos de Moscú, Nueva York, Londres, Berlín o Barcelona, lo mismo que los raros osos panda del Himalaya o el gorila blanco guineano que se halla en el zoo barcelonés. No se puede exterminar una especie.

—Tonterías.

—Para ti todo son tonterías, Bobby, sólo te interesa el dinero, comer y dormir.

—¿Es que acaso hay algo más interesante? —Miró a Abigail con más atención y agregó—: Bueno, sí hay algo más interesante.

—No seas imbécil y deja de ensuciar tu imaginación con mi persona —le replicó la muchacha.

—¿Qué has pensado que estoy imaginando yo? —inquirió con picardía.

—Sólo hay que verte la cara para saberlo, eres un libro abierto.

—Abigail, deja de menospreciarme… Nadie se va a dar una vida tan regalada como yo, sólo tienes que ser buena conmigo —dijo acercándosele.

—Ni lo sueñes, eres todo lo que yo no deseo en un hombre. Hijo de millonario, engreído, vulgar, materialista, estúpido y por si faltara poco, capaz de asfixiar a cualquiera con tu peso.

Bobby se fue acercando más y la joven retrocedió hacia la ventana.

Ben Schneider, a la luz de las velas, había comenzado a descifrar cuanto podía del misterioso, pesado y lujoso libro, un libro que en el mundo occidental se consideraría valiosísimo, disputándoselo los sabios más afamados al conocer su existencia.

Graham se interpuso entre el alto y corpulento Bobby y la chica.

—¡Déjala en paz!

—¡Aparta! A mí no se me desprecia después de aceptar mi dinero.

Dio un empujón a Graham, que fue a dar contra la mesa, golpeándose en ella.

—Bobby, eres un bestia —le escupió Abigail—. Yo no he aceptado dinero tuyo, sólo tomo parte en una expedición que ha costeado tu padre y de la que seguramente espera sacar su buena publicidad, porque vosotros sois de los que no regaláis nada filantrópicamente.

Bobby iba a ponerle las manos encima cuando se produjo el estruendo de un relámpago.

—Vaya, tenemos tormenta —exclamó Ben Schneider, apartando del libro sus ojos, protegidos por las gruesas gafas.

Bobby había vacilado y fue suficiente para que Abigail se apartara de él cuando ya estaba acorralada junto a la ventana.

En el exterior comenzó a caer un chubasco.

Graham, levantándose, se acarició la dolorida cabeza.

—¿Cómo te encuentras, Graham?

El huraño canadiense se apartó instintivamente de la joven, desdeñando su solicitud.

—Bien, gracias. —Se acercó a la ventana y opinó—: Con qué facilidad aparece aquí una tormenta. Hace un rato brillaban las estrellas y ahora caen los rayos.

—Es comprensible estando rodeados por las altísimas cumbres, posiblemente en los deshielos de primavera y verano el agua baje a este lugar y se vaya filtrando por Dios sabe qué agujeros y luego, en alguna parte, nacerán los grandes ríos asiáticos como el Brahmaputra, el Mekong, el Yang-tse-kiang y otros. Esto podría ser como una enorme cisterna natural que recoge y reparte las aguas de las nieves y de la lluvia.

—Pero, si esto se llena de agua, las gentes se morirán —observó Abigail.

—Posiblemente, por eso la lamasería en que nos hallamos se encuentra en lo más alto de este montículo rocoso o quizá no se llene nunca de agua.

Bobby soltó de pronto una fuerte risotada, una carcajada de estúpido mientras miraba el aguacero que caía en el exterior.

—¡Ahora, ahora se mojarán los gatos!

Abigail se lo quedó mirando como si lo creyera loco cuando en aquel instante aparecieron dos figuras por la escalera de caracol que les sobresaltaron.

—¡Phil, Swabo!

Los dos semejaban anonadados, sus miradas estaban extraviadas. En aquel instante, un rayo cayó sobre el mismísimo monasterio dedicado a la maléfica diosa Mudevi y todo él vibró en medio de un gran estruendo.

Phil y Swabo abrieron los ojos en forma anormal y al unísono exclamaron:

—¡Jennie!

CAPÍTULO IX

Tras escuchar el relato de Phil y Swabo, cuando ya la inesperada lluvia había decrecido y los nubarrones habían sido barridos por fuertes ráfagas de viento, Abigail Johnson, con la cabeza escondida entre los brazos, sollozaba apoyada contra la mesa.

Graham no daba crédito a lo que había oído, le parecía increíble. Por su parte, Ben Schneider se hallaba reconcentrado frente al libro del que había conseguido traducir algo. Bobby estaba arrancando un candelabro de madera adosado a la pared para utilizarlo como arma mientras gruñía:

—Si uno de esos monjes se me acerca, le parto el cráneo, a mí no me van a freír en ese altar de oro aprovechando la energía eléctrica de un rayo que ellos creen es su diosa.

—Pronto llegará el amanecer y es de suponer que esas bestias sanguinarias regresarán al interior de la lamasería. La reja bajará y las gentes saldrán de sus casas para hacer su vida normal, labrar las tierras y pastorear el ganado.

—Supongo que avisarán —gruñó Swabo.

—Es de suponer que sí y nosotros hemos de salir de aquí y tratar de regresar al punto de donde vinimos. Sé que está lejos y va a ser difícil, pero es la única salida que conocemos.

—De modo que se trata de una huida en toda regla, de un «sálvese quien pueda».

Phil asintió a las palabras de Graham, agregando:

—En principio, unidos podremos ofrecer mayor resistencia, aunque ese maldito lama que da culto al mal ha llegado a un punto de misticismo que posee un gran poder mental y puede hipnotizarnos con facilidad, consiguiendo que nos tendamos en ese altar sin utilizar la fuerza y en contra de nuestra voluntad. Puede obligarnos a permanecer quietos mientras los cuervos nos comen los ojos y luego, hipnotizados, nos hará aguardar la tormenta y que un

rayo sea atraído por el pararrayos de oro. Toda la descarga eléctrica llega al altar y ésa es la culminación del sacrificio humano. No sé qué harán con los restos carbonizados, no sé qué será de lo que quede de Jennie.

—Pero, alguna forma habrá de escapar al hipnotismo de ese lama que puede asesinar tan impunemente, ¿no? —preguntó Abigail, secándose las lágrimas, al borde de la histeria.

—Sólo matándolo —puntualizó Ben Schneider—, y aun así, no es seguro. Los lamas creen ciegamente en la reencarnación.

—No me diréis ahora que el lama no se puede morir si le parto la cabeza con esto, ¿verdad?

Bobby blandió su improvisada arma de madera.

—Posiblemente ya hay un monje predestinado a sucederle y luego otro a este segundo, de modo que cuando el lama muera…

—Viva el lama —dijo Swabo.

Phil admitió:

—Así es. Además, se pasan sus experiencias totalmente, se crea un estado de telepatía total entre ambos en sus estados de éxtasis y cuando el sucesor ocupa el cargo, no es él sino el lama, lo quiere decir que es el de siempre, el de hace diez años, el de hace un siglo, el de hace un milenio o el que vivirá mañana o dentro de un siglo. Ésa es su forma de sucesión. Aquí no hay lama primero, lama segundo, sólo es el lama y si hablamos con él nos dirá que es el que vino al monasterio hace un siglo o dos, quién sabe, aunque su cuerpo no tenga más de ochenta años. Ellos creen en el espíritu y no en el cuerpo propiamente dicho.

—Yo, lo único que sé, es que a cada uno que se me acerque le partiré la cabeza —advirtió Bobby.

—Si vamos juntos, en el instante en que veamos que uno de nosotros sufre un ligero trastorno que nos haga pensar en el hipnotismo, lo sujetaremos de forma que él solo no suba al altar de los sacrificios. Quizá así ese maléfico lama crea que ha fracasado, que su poder no es suficiente.

Tras el plan de Phil Steelman, Abigail preguntó:

—¿Y si nos hipnotiza a todos?

Phil suspiró y calló. Ben Schneider, que se hallaba frente al pesado libro de la diosa, respondió:

—En ese caso, ya sabemos cuál va a ser nuestro fin. Seremos

sacrificados a esa legendaria diosa.

—No puedo creer que en pleno siglo veinte, casi en el veintiuno, cuando el hombre ya ha pateado la Luna, en lugares perdidos e ignorados de la Tierra sigan practicándose las abominables ceremonias de sacrificios humanos a dioses maléficos.

Tras la exclamación de Graham aparecieron los cuervos que penetraron volando por las altas ventanas sin cristales y ascendieron a la bóveda de la biblioteca situándose en una cornisa interior que allí había, totalmente inalcanzable para los humanos que carecían de alas como las negras y lúgubres aves que comenzaron a graznar desagradablemente.

—¡Malditos, si tuviera un rifle no iba a quedar ni uno de vosotros! —chilló Bobby.

Tomó un rollo de pergamino y lo lanzó hacia lo alto sin conseguir llegar hasta la cornisa en la que se aposentaban los pajarracos que graznaron con más fuerza, como burlándose del intento de Bobby por dañarles.

Pasaron los minutos y luego una hora, después otra y llegó la amanecida que resultó fría.

Se escucharon cerca los rugidos de las fieras y el sonido de un cuerno al ser soplado.

—Ése es el aviso —dijo Bobby.

—Hay que aprovechar el tiempo y huir hasta donde se pueda. Tenemos un día por delante y al mismo tiempo debemos de buscar alimento, estamos todos hambrientos. Hemos de conseguir también comida para llevarnos al reino de los hielos y las nieves.

—Pero ¿qué clase de comida?

A la pregunta de Abigail, Phil respondió resuelto:

—Esas gentes del pueblo crían animales. Intentaremos llevarnos algunos para comer su carne.

—¿Y cómo la asaremos cuando nos hallemos en los hielos? —preguntó Bobby.

—Si no tenemos con qué asarla, nos la comeremos cruda, lo importante es subsistir.

—Ésa es la idea —dijo Swabo—, y si tenemos suerte, no terminaremos cometiendo antropofagia como en los Andes.

—Eso te gustaría a ti, ¿eh, indio? —rezongó Bobby—. Te gustaría comer mi carne, ¿verdad?

—Pues, no estás mal de gordo para ser utilizado como recurso si llega la ocasión.

—¡Maldito indio, antes de que me devores te mataré yo a ti!

—¡Basta, Bobby! —cortó Phil, tajante—. ¿No te das cuenta de que es una broma?

—¿Broma? No estamos para bromas. Cualquier cosa que ahora parezca una broma, dentro de unas horas puede ser una tragedia y si alguien me ataca, defenderé cara mi vida.

—¿Te estás volviendo loco, Bobby?

—Sólo faltabas tú, judío.

—No temas, yo no practicaría la antropofagia ni aunque tuviera que morirme de inanición, claro que antes de permitir que me comáis vosotros a mí, me lanzo al abismo.

—Dejémonos de tonterías y salgamos de aquí cuanto antes, no perdamos más tiempo.

Tras las palabras de Phil, Ben Schneider, con las manos sobre el gran libro de la diosa Mudevi, suspiró:

—Me gustaría llevármelo, nada he deseado tanto en mi vida.

—Me temo que tendrás que dejarlo. No podemos lastrarnos con el libro, su peso es excesivo.

—Es una lástima, jamás volveré a encontrar nada semejante. Si por lo menos tuviera tiempo para descifrarlo todo…

—Es mejor cargar con patos o con esos cisnes negros que había en el lago —concretó Graham.

Se dirigieron a la escalera de caracol y comenzaron a descender por ella.

Su huida era muy problemática, no se les escapaba que era casi imposible, utópica, pero debían de intentarla a menos que quisieran ser sacrificados.

Llegaron al fin frente a la puerta y Phil la abrió con sigilo. Los rugidos de las fieras se oían cerca de donde estaban.

—¿Están ahí esas malditas bestias? —preguntó Bobby, nervioso.

—Sí, pero tras las rejas —repuso Phil, abriendo la puerta totalmente.

Se dirigieron a la puerta principal del monasterio y se dispusieron a abandonarlo cuando Abigail cogió a Phil por el brazo.

—¿Vamos a dejar a Jennie? —preguntó con un hilo de voz.

—Jennie ya no vive, hay que olvidarla. Nada podemos hacer ya

excepto salvar nuestras vidas. Ese lama dijo claramente que nos había escogido a todos nosotros para ser sacrificados en ese altar y si no huimos, no podremos escapar.

—¡Pues huyamos!

Y cruzaron el umbral de la recia puerta de oro.

CAPÍTULO X

El descenso del montículo rocoso y escarpado por aquella escalera excavada en la propia roca, resultó fácil aunque algo peligroso; impresionaba la verticalidad de la misma.

Llegaron al poblado. Gran parte de sus moradores habían salido a cultivar la tierra.

—Hay que encontrar comida y marcharnos. Esa gente tampoco nos va a decir por dónde debemos de largarnos —dijo Bobby, siendo el primero en adentrarse en una de las casas.

Se escucharon algunos gritos de mujer y al poco, Bobby apareció con dos patos cogidos por sus patas; en la otra mano sostenía una especie de hoz rudimentaria.

—Esto es lo bueno, a ver si hacéis lo mismo.

—Eso es robar, pero no nos queda otro remedio. Si no lo hacemos, moriremos de inanición —suspiró Phil.

Abigail dijo:

—Como dice el Derecho, nunca es punible un delito cuando éste evita otro mayor.

—No creo que a estas gentes les interese mucho el Derecho Jurídico norteamericano ni su Constitución, pero se van a tener que aguantar —dijo Swabo, siendo el segundo en penetrar en otra de las casas.

Poco después huían del poblado con gentes vociferando tras ellos, mas no llegaron a seguirles.

—Patos y conejos además de herramientas —comentó Graham, satisfecho.

Pasaron junto al lago y se sintieron algo más tranquilos al no verse seguidos por aquellas gentes que en buena parte eran ciegas.

El suelo estaba resbaladizo a causa de la lluvia de la noche, una tormenta corta pero diluviante.

Resultaba muy difícil averiguar cuál era el camino por donde

habían llegado, pues la lluvia había borrado las huellas y no habían utilizado ningún sendero marcado para llegar hasta el poblado.

Atravesaron sembrados y se detuvieron en un bosque de abedules.

—Por aquí pasamos, seguro —dijo Abigail.

Bobby se dejó caer en el suelo al tiempo que farfullaba:

—Estoy agotado, no puedo más.

—Hemos caminado mucho y podríamos comer ya —opinó la muchacha.

Graham objetó:

—Si encendemos fuego, nos verán.

—¿Y qué más da? De todas formas, si quieren sabrán donde estamos. En realidad, ellos están seguros de que no podremos salir de este lugar, de esta especie de gran cráter volcánico —expuso Swabo.

—Para ellos, nuestra captura no tiene ni la gracia de una cacería humana —gruñó Ben Schneider—. Por lo que habéis explicado, ese lama está muy seguro de su poder mental. Será curioso ver lo que sucede cuando se proponga hacer regresar a la siguiente víctima para el sacrificio.

—Será Abigail —dijo Bobby con malicia.

—¿Yo, por qué?

—Déjalo estar, Abigail, y trata de no pensar en ello. Si nos sugestionamos será peor, nos pondremos en sus manos.

—Primero las mujeres, ese lama se sabe la lección —insistió Bobby, deseoso de intranquilizar a la joven.

—Quizá esta vez quieran variar y escojan a un varón —replicó Phil—, y tú serías el más indicado.

—¿Por qué?

—Porque eres el más gordo. A la diosa puede que le gusten los animales bien cebados.

—¡Te voy a…!

—Quieto —contuvo Phil, deteniéndolo con el antebrazo y propinándole un derechazo en la mandíbula que lo dejó sentado en tierra.

Graham resultó un maestro desplumando patos y dijo con naturalidad:

—Cuando vivía en el Canadá salía a cazar patos con mi padre y

si no cazábamos no comíamos, ésa era nuestra norma.

—Pues irá bien ahora —sonrió Ben Schneider, que no podía dejar de pensar en el gran libro que tanto le atraía por su antigüedad, por su valor, por cuanto podía descifrar en él.

Comieron un pato y un conejo. Descansaron brevemente y fue la propia Abigail quien sugirió:

—Debemos reanudar la marcha, hay que llegar a la gruta antes de que sea de noche o seremos devorados por las fieras.

Se encontraron con las primeras pendientes llenas de piedras sueltas. El frío comenzaba a dejarse sentir con crueldad y el cansancio hacía mella en sus cuerpos.

En realidad no habían tenido tiempo de reponerse de cuanto habían andado y sufrido con anterioridad. La noche había sido aciaga y ahora, levantar cada pierna representaba un esfuerzo titánico.

—¿Faltará mucho, Phil?

Phil se colocó junto a Abigail para ayudarla a caminar.

—Aún no hemos encontrado las primeras nieves.

—Maldita sea, no saldremos nunca vivos de aquí. Fijaos a lo lejos, las paredes están como cortadas a pico y tienen cientos de metros de altura. Deben de tener varias pulgadas de hielo pegadas a ellas. Es inútil, no podremos llegar arriba.

—¿Ahora te descorazonas, Bobby? Creí que tendrías más ánimos para llegar a la salida de esta ratonera.

—¡Phil, estoy cansado, no escaparemos nunca, nunca!

—Yo también creo que sería mejor pasar la noche aquí —opinó Ben Schneider—. Estamos agotados.

—Si vienen las fieras, nos devorarán —gruñó Graham.

—Estamos ya muy lejos del monasterio, es posible que esas bestias no lleguen hasta aquí. Además, hace bastante frío.

—Llegarán, yo creo que llegarán hasta aquí —aseguró Abigail con miedo.

—Podríamos quedarnos si encontráramos donde guarecernos. Si descansáramos esta noche, mañana avanzaríamos con más rapidez en busca del camino que hicimos y que resultó muy ligero porque era bajada, pero ahora es todo subida y es natural que nos hallemos más agotados.

Tras las palabras de Phil, Graham objetó:

—No tenemos tiempo para construir una casa de piedra capaz de contener a esas fieras, habría que buscar una gruta.

—Pues busquémosla, o algo que se le parezca —aceptó Phil Steelman.

Siguieron avanzando.

—Eh, mirad aquella roca de unos treinta pies de altura —indicó Swabo, señalando una solitaria peña que era tan ancha de radio como alta.

—Esas fieras podrán subir a ella con facilidad —objetó Abigail.

—Es un buen lugar para dormir. Además, estamos armados —insistió Swabo—. Son armas rudimentarias pero armas al fin y al cabo. También podemos subir a lo alto piedras que resulten contundentes y algunas gruesas ramas de árbol. Con todo ello, si los guepardos nos atacan, podremos rechazarles como si defendiéramos una fortaleza.

—La idea de Swabo me parece buena. ¿Y a vosotros? —preguntó Phil.

—Si conseguimos trepar a lo alto, quizá sea una buena idea —aceptó Abigail.

—Y bien, ¿a qué esperamos? —inquirió Bobby, ansioso de descansar.

Se acercaron a la roca. Carecían de cuerdas y aquello resultaba un obstáculo.

—La dificultad principal está en el primer tramo de la subida —observó Phil—. Luego hay esa grieta que asciende casi en espiral y por ella se puede llegar arriba sin dificultades.

—Si cortamos un tronco de árbol, dejando el nacimiento de las ramas con un largo de un par o tres de palmos, podrá ser utilizado como escalera.

Lo apuntado por Ben Schneider se llevó a cabo con las herramientas de labrador que tenían.

El árbol escogido fue talado y desramado. Lo colocaron casi en vertical, apoyado contra la roca y les pareció óptimo, pues llegaba a la grieta a partir de la cual era más fácil ascender el resto.

Phil Steelman fue el primero en trepar a lo alto de la peña para observarla con atención. Luego, regresó a la base del tronco donde aguardaban sus compañeros.

—Arriba podemos dormir todos e incluso hay un hueco para

hacer fuego sin que la llama se vea en la noche. Podremos comer y al amanecer reanudaremos la marcha.

Abigail subió la primera. Los demás fueron recogiendo piedras y las propias ramas que habían cortado al tronco, previamente deshojadas y descortezadas.

Al fin quedaron todos en lo alto cuando ya la noche les envolvía.

—Esto no está nada mal —dijo Ben Schneider—. En parte me siento tranquilo, aquí arriba podremos defendernos si somos atacados.

Prepararon fuego dentro de la cavidad natural de la roca y como las llamas no rebasaban la propia piedra, no había que temer que la luz les descubriera, tampoco el humo, ya que era de noche.

—Quizá esos gatos acudan atraídos por el olor a quemado —observó Swabo.

—Si vienen, los recibiremos como merecen —masculló Bobby, dándole un vistazo al conejo que comenzaba a dorarse.

De pronto, escucharon el rugido de los guepardos y sintieron temor. Bobby fue el primero en romper el angustioso y opresivo silencio que se había creado.

—¿No sería mejor echar abajo el tronco por donde hemos subido para que no lo utilice ninguna de esas bestias, si llegan hasta aquí?

—No, luego tendríamos dificultades para bajar. Si alguna de esas fieras intenta subir por el tronco, le arrojaremos una piedra.

La teoría de Phil les pareció buena, aunque dudaban de que lograran rechazar a aquellos felinos de espectaculares colmillos.

—¿Hacemos un turno de guardia? —preguntó Ben Schneider.

—Sí, pero en cuanto aparezca una de esas fieras hay que avisar en seguida a los demás —puntualizó Bobby.

Iniciaron el descanso tendiéndose sobre la roca, cerca del fuego que les proporcionaba un agradable calor.

Los rugidos se escuchaban lejanos.

El primero en montar la guardia fue Swabo, luego Ben y el tercero, Graham.

Fue éste precisamente quien vio refulgir en la oscuridad dos grandes ojos rojos a veces y verdosos otras.

—¡Eh, despertad, está ahí abajo!

Mas, parecía que el sueño de todos era demasiado profundo y nadie despertó.

Graham temió que habría de enfrentarse solo al guepardo.

CAPÍTULO XI

Graham tomó una piedra entre sus dos manos y vigiló desde lo alto aquellos ojos que refulgían al parecer con luz propia.

—¡Maldita seas, bestia del demonio! —Luego, gritó, insistiendo —: ¡Despertad, despertad! ¡La fiera nos ha descubierto!

Le arrojó la piedra cuando el animal daba un salto para trepar por la roca.

La piedra debió de alcanzarle, pues el guepardo, dando un rugido, cayó al fondo. Mas, se revolvió para saltar nuevamente hacia lo alto.

Fueron más los tétricos rugidos de la fiera que los gritos de Graham los que despertaron a los demás. Éstos tuvieron tiempo de ver cómo la fiera llegaba arriba, se abalanzaba sobre Graham y agarrándolo entre sus colmillos sin que éste atinara a rechazarla, tornó a saltar al vacío desapareciendo con su presa entre las fauces.

—¡Auxilio! —gritó Graham hasta ahogarse, con el espanto atenazándole la garganta.

—¡Hay que defenderse! —exclamó Phil.

Mas, ya era tarde, otros guepardos aparecieron sobre la peña. Nadie se explicaba cómo habían conseguido subir con tanta facilidad.

El agotamiento general había favorecido su avance y para llegar hasta arriba contaban con su enorme agilidad para el salto, con el que eran capaces de rebasar el primer y más dificultoso tramo de la ascensión.

Se aprestaron a defenderse.

Abigail no sabía qué hacer, estaba aterrorizada y era consciente de que su fuerza resultaba nula frente a aquellos grandes felinos.

Entre Bobby y Phil se enfrentaron a uno de los felinos, acorralándolo hasta el borde con la guadaña y una estaca punzante.

El animal saltó al vacío, pero entonces pasó otro guepardo como

una exhalación, viniendo de la parte opuesta de la peña, y agarró a Bobby por la espalda con sus enormes colmillos. Después, saltó al vacío sin que los ciento y pico de kilos del hombre representaran ningún obstáculo.

Swabo, viendo que todo iba a ser inútil, comenzó a descender como pudo; su herencia de sangre india le facilitaba las cosas. Al fin, cayó al vacío y desde lo alto escucharon el golpe de su cuerpo mientras una fiera rugía.

Arriba, además, de Abigail, quedaban dos felinos frente a Phil Steelman.

—¡Estamos perdidos, Phil, perdidos, nos van a devorar!

—Coge una rama ardiendo, esta clase de fieras teme al fuego, podrás rechazarlas.

Así lo hizo Abigail cuando el animal, con sus fauces abiertas, la atacó.

El fuego en la cara lo aturdió y enfureció, haciéndole revolverse, lo que aprovechó Phil para asestarle un golpe mortal con una de aquellas herramientas de grueso y punzante hierro en forma de pico.

El guepardo, alcanzado en el cerebro, cayó redondo, quedando tendido cuan largo era.

—¡Cuidado, Phil, el otro!

Phil se arrojó al suelo mientras la muchacha ofrecía un frente de fuego a la bestia. Ésta se contuvo, apartándose de Abigail para tratar de atacar a Phil.

Phil se había apoderado ya de una rama cortada en forma de lanza y con afilada punta. Abalanzándose contra la bestia, se la hundió, traspasándola en parte.

El animal lanzó un rugido infernal y, perdiendo el equilibrio, se despeñó. Escucharon el ruido de su caída y siguió rugiendo durante varios minutos hasta que se hizo el silencio.

Abigail seguía junto al fuego y Phil Steelman permanecía atento. Así estuvieron hasta que llegó la amanecida.

Agotados, con profundas ojeras, habían ido alimentando el fuego para disponer de ramas llameantes por si les atacaba de nuevo alguna fiera, mas no fue así. Sólo había una fiera allí y era la que estaba muerta junto a ellos.

—Qué animal tan espantoso, sus colmillos son como dos grandes

puñales, afilados y curvos.

—Cada uno tiene más de diez pulgadas —observó Phil.

Utilizando una de las herramientas, comenzó a destruirle la mandíbula.

—¿Qué haces? Te estás manchando de sangre.

—Voy a tomar sus dos colmillos, pueden servirnos como defensa. Por llevarme, cogería hasta su piel, pero no es posible, lo mismo que no fue posible que Ben se llevara el libro de la diosa.

Consiguió arrancar los dos grandes colmillos y frotó el extremo que había estado unido a la encía contra una piedra para dejarlos limpios. Después, entregó uno a Abigail.

—Si tratan de apresarte, mata sin contemplaciones. De lo contrario serás sacrificada como Jennie.

—Phil, tú crees que no escaparemos vivos, ¿verdad?

—Alguien dijo que mientras hay vida hay esperanza.

—Phil, tengo miedo, mucho miedo, no puedo remediarlo.

La estrechó con fuerza entre sus brazos y la sintió trémula. Abigail semejó recuperarse un tanto y dejó de temblar. No estaba sola, se sentía protegida por Phil. Notaba el poder de sus brazos y su decisión.

—Hay que abandonar esto —dijo el hombre mirando los restos de comida.

Había animales todavía vivos y los soltó. Despedazando los dos conejos que había asado, dijo:

—Hay que guardar reservas como se pueda. Esto que ya está asado puede durar más tiempo.

—Sí, pero ¿cómo lo guardaremos?

—Metiendo los trozos en los bolsillos, qué remedio. Los anoraks sirven bien.

Abigail imitó a Phil introduciendo pedazos de carne asada en sus bolsillos. Terminada esta operación, se dispusieron a bajar.

El descenso era muy arriesgado, pero Phil ayudó a la joven para que no se despeñara y consiguieron llegar hasta el tronco. Abigail, profesora de educación física femenina, no tuvo dificultades en descender por él y ya abajo, buscaron los restos de sus compañeros.

—¿Crees que quedará algo? —preguntó la muchacha.

Sólo encontraron a la otra bestia muerta por Phil con la improvisada lanza.

—Qué horror, ¿habrán devorado hasta los huesos?

Pensativo, el hombre replicó:

—Quizá no hayan devorado nada.

—¿Cómo?

—En realidad, no hemos visto que esas fieras mataran a ninguno de nuestros compañeros desaparecidos.

—¿Te has vuelto loco, es que no recuerdas? Fue horroroso, les atrapaban con sus fauces y saltaban al vacío.

—Sí, un animal de ese tamaño tiene una fuerza difícil de comprender para nosotros. Pueden saltar grandes distancias con una presa entre sus fauces y no necesariamente tienen que matarla. Simplemente la sostienen, agarrándola por la abundante ropa que llevamos encima.

—No puedo creerlo, Phil, sería demasiado bonito lo que dices.

—O demasiado horrible.

—No te entiendo, te juro que no te entiendo.

—En Asia, los guepardos son entrenados hábilmente para la caza y son muy obedientes si se les cuida bien. Los no iniciados confundimos una pantera normal con un guepardo y, en realidad, son distintos. La pantera es prácticamente indomable, un domador de circo jamás estará tranquilo con ella. En cuanto al guepardo, se le sujeta por el cuello con un collar como si fuera un perro y luego, cuando comienza la cacería, se le suelta. Pudiera ser que esos felinos mutantes, desconocidos fuera del Himalaya, tuvieran más de guepardos que de macairodontes y obedecieran el mandato del lama. Éste, seguro de que no vamos a poder escapar de este cráter hundido en medio de las montañas y desconocido para todo el mundo, nos deja sueltos y luego envía a sus gatos para capturarnos cuando le interese.

—Entonces, ¿crees que ahora estarán presos en la lamasería?

—No puedo asegurar nada, pero es una posibilidad y nosotros debemos de tomar alguna resolución en estas horas diurnas que nos quedan, porque esas fieras cazadoras regresarán esta noche y nos buscarán. Francamente, estamos en total desventaja frente a ellas.

—No podemos hacer nada por los demás. Si regresamos a la lamasería, seremos sacrificados también.

Phil comprendió el miedo de la joven y tomándola por una mano al tiempo que con la otra sostenía aquel rudimentario pico

con el que había abatido a la fiera, echó a andar de espaldas a la lamasería y en dirección a los hielos eternos.

—Mira, Phil, el cielo se está llenando de nubes.

—Sí, parece que va a haber otra tormenta. Por lo visto, aquí son habituales.

Las nubes aparecían sobre las altas montañas, semejaban resbalar por éstas. En pocos minutos, el cielo del valle se encapotó.

—Phil, ¿habrá alguien colocado en el altar de los sacrificios?

El hombre respiró hondo, le era difícil responder, pero si era cierta su teoría de que los felinos eran utilizados para cazar y no para devorar a sus víctimas, ya que al lama le interesaban más sus cuerpos vivos para ofrecerlos a la maléfica diosa, alguien estaría ahora tendido en el altar de oro, hipnotizado. Los malditos cuervos revolotearían sobre su cabeza y los bonzos entonarían sus cánticos a la espera de que un rayo penetrara en el monasterio y se consumara el sacrificio, pero ¿quién iba a ser la víctima en esta ocasión?

CAPÍTULO XII

Sobre sus cuerpos caía una lluvia de agua nieve, fría y desagradable. Siguieron ascendiendo, pero cada vez resultaba más dificultoso andar.

—No se ve nada —se quejó Abigail.

—Las nubes nos han envuelto, hay que encontrar un refugio.

Durante unos momentos, hubo una separación entre nubes y su vista alcanzó a ver algo más de cien yardas. La joven señaló un grupo rocoso.

—Allí podremos refugiarnos, entre las rocas habrá algún recoveco.

Cuando llegaron al lugar, les pareció bueno, aunque no conseguían librarse de la fría lluvia.

—Si encontráramos una hendidura en las rocas, aunque fuera pequeña —gruñó Phil en voz alta, escrutando a su alrededor.

Al poco, descubrieron una fisura en la piedra; no era muy grande, pero por ella cabía una persona siempre que se pusiera de lado para rebasar los dos primeros pasos.

—¿Qué te parece, Abigail? No sé lo que vamos a encontrar dentro.

—Fuera nos moriremos de frío y, al mismo tiempo, por aquí no pasaría una de esas horribles bestias.

Phil pasó delante al interior de la gruta. Abigail le siguió y ya dentro de la misma, se acostumbraron a su semioscuridad.

—Aquí se está ancho y no hace tanto frío.

—Podemos descansar y comer un poco.

Se despojaron de los anoraks para que se secaran, pero hacía frío y no había nada con que encender fuego.

Comieron la carne asada, de conejo cuyos pedazos habían guardado en los bolsillos y se sentaron en el suelo, el uno muy cerca del otro.

Entre mordisco y mordisco, Abigail comentó:

—Qué extraño resulta todo esto. Quién nos lo hubiera dicho cuando estábamos en la Universidad de Harvard.

—Sí, cuando se emprende una aventura jamás se sabe cómo va a terminar. Es más, siempre he creído que no se puede saber nunca lo que se hará al día siguiente. Cualquier hecho puede cambiar totalmente nuestras vidas. Un viaje imprevisto, un accidente de automóvil, algo que nos impresiona profundamente.

—Sí, es una teoría que admito, pero cualquier científico nos diría que estamos soñando si le explicáramos que nos hallamos refugiados en una gruta perdida en un mundo extraño e ignorado por nuestra civilización, dentro de lo que hace millones de años pudo ser un enorme volcán y donde viven seres que rinden culto a un ser maligno, siendo perseguidos, además, por esos felinos que todos creen extinguidos.

—Ésa es la soberbia de nuestra civilización. Hemos puesto tímidamente el pie en la Luna porque creemos que el planeta Tierra ya está totalmente conquistado, cuando bajo las profundidades marinas hay mundos que ignoramos y también en la propia tierra, ya lo hemos comprobado. Aquí, cerca del Himalaya, la India es un mundo inmenso donde la desaparición de un millón de personas no habría de notarse. Con respecto a China, se ignora a ciencia cierta los millones de seres que la pueblan y en más y en menos, se barajan docenas de millones, esas docenas que en Occidente constituyen naciones enteras. Este planeta nuestro aún puede depararnos muchas sorpresas, aunque algunos lo crean ya muerto.

Escuchándole, Abigail se recostó contra su cuerpo y cuando Phil pudo darse cuenta, ella se había dormido buscando su calor humano, la protección de su brazo musculoso, propio de un delantero de rugby; estaba agotada.

Phil no se apartó de ella. Tiró de su propio anorak, el más grande, y la cubrió con él pese a que estaba húmedo exteriormente.

Dejó pasar el tiempo mientras afuera continuaba lloviendo y a lo lejos tronaba.

Volvió a llegar la noche y la tormenta desapareció tan rápidamente como llegara. Allí, las tormentas eran algo especial. Se formaban en las cumbres del Himalaya y hallaban aquel remanso donde volcaban su agua, su nieve, su electricidad que aquel lama

«negro» utilizaba para sacrificar a las víctimas que entregaba a la diosa.

De nuevo, volvieron a escucharse los rugidos, algo lejanos, de los grandes felinos. Phil Steelman agudizó sus sentidos y Abigail despertó sobresaltada.

—¿Están aquí?

—No temas, no nos han descubierto y tampoco podrían entrar en esta cueva. Por suerte, son más voluminosos que nosotros.

Phil, que sentía también el calor de la mujer junto a él, notó cómo ésta se le estrechaba más, aplastando los senos contra su costado.

El calor de ambos se fundía en un solo. Eran, una vez más, la pareja humana frente al peligro. Así había sido desde el comienzo de los siglos y así seguiría sucediendo hasta el fin de los tiempos, si es que alguna vez llegaba.

Phil pensó que posiblemente millones de años atrás, otra pareja se habría encontrado en su misma situación: abrazados dentro de una cueva mientras afuera rugían las fieras y a lo lejos aguardaba algo maligno que intentaba destruirles.

—Phil, ¿qué vamos a hacer? No escaparemos nunca de aquí.

—No desesperes. De momento, ya tenemos un cobijo.

Encendió la llama de su mechero de gas y descubrió de pronto:

—Fíjate, por ahí prosigue esta gruta.

—Siempre me han dado miedo las grutas. Jamás se me ocurriría hacerme espeleóloga.

—En este caso nos está protegiendo. ¿Qué te parece si voy a explorar?

—No, si te vas, yo te acompaño.

—De acuerdo, iremos los dos. Cojámonos de la mano para no separamos. La luz del mechero sólo podremos utilizarla en casos contadísimos, de lo contrario se nos agotaría inmediatamente.

—De acuerdo, será como estar ciegos, como esos campesinos que se han quedado sin ojos, como Lester. ¿Cómo llegaría Lester frente a la tienda con los ojos vacíos?

—No lo sé. Quizá esos cuervos se internaron por algún valle desconocido y sorprendieron a Lester tendido en el suelo durmiendo. Le atacaron y, por sorpresa, consiguieron dañarle gravemente.

—¿Y luego?

—Nosotros fuimos tanteando por las montañas y quizá él, tanteando, subió buscándonos con desesperación. Por faltarle los ojos no llegó a ver la tienda y allí se quedó.

—Pero ¿en pie?

—Ignoramos si murió helado o de un ataque cardíaco y si ya estaba insensibilizado de piernas por tenerlas congeladas, pudo quedar en pie por un curioso equilibrio mientras la nieve le rodeaba, afianzándole más.

—¿Es como quedar una moneda de canto?

—Sí, es muy difícil, pero no imposible. Ahora, olvidemos ese desagradable suceso e investiguemos qué hay por aquí.

—No nos saldrá ninguna bestia infernal, ¿verdad? —preguntó dubitativa, moviéndose trémula entre las tinieblas.

—No pienses en tonterías. La peor bestia que hay en este valle es ese lama «negro», sus ideas que no mueren con un cuerpo porque las hereda otro y así sucesivamente por obra y gracia de su fe en la reencarnación, llegando a anular sus personalidades individuales para conseguir una sola personalidad que persiste a través de los siglos.

Tanteando las paredes, se fueron alejando de la entrada.

Phil caminaba delante para que Abigail no pudiera caer en una sima insondable. Adentrarse en aquella cueva sin luces era muy peligroso, Phil lo sabía, pero quedarse afuera era un suicido y no dudó en escoger.

—La galería es ancha, lo suficiente para que, de momento, no nos rompamos la cabeza —comentó.

—Parece que descendemos.

—Sí, a mí también me lo parece.

—¿Qué debió de ser esta gruta?

—Quién sabe, quizá una de las vetas de desahogo del primitivo volcán. Por aquí podrían escapar la lava o los gases.

—No iremos a parar al centro de la tierra como en la novela de Julio Veme, ¿verdad? —preguntó Abigail, medio en broma medio en serio, sin soltar la mano masculina, apretándola con fuerza cada vez que sus pies vacilaban ante un suelo irregular.

Phil tanteaba las paredes y el suelo. De pronto, sus manos palparon el vacío y pidió a Abigail:

—Aguarda un momento.

Phil encendió el mechero y descubrieron tres galerías.

—¿Qué hacemos, Phil, por dónde vamos ahora?

—Es difícil, tendremos que escoger al azar, pero marcaremos esta entrada que dejamos para el regreso.

Sin embargo, Phil pensaba que tal como iba transcurriendo el tiempo, quizá no volverían a salir de aquel laberinto de grutas volcánicas.

Eligieron la galería más grande y siguieron avanzando tras dejar una piedra como señal en la entrada de la gruta que acababan de abandonar.

Avanzaron durante más de una hora hasta escuchar un ruido que fue aumentando.

—¿Qué es eso, Phil?

—Agua, debe de haber algún río subterráneo. Recuerda que nos rodean montañas con hielos eternos. Habrá filtraciones que luego constituirán el nacimiento de grandes ríos. Además, en este sitio llueve a diario por lo visto, no sé si será porque nos hallamos en época de lluvias.

No tardaron en encontrar un río subterráneo que pasaba por debajo de ellos. La gruta por la que avanzaban quedaba cortada y después proseguía en la margen opuesta.

—Ya no podemos seguir —dijo Abigail.

—Si saltamos, lo conseguiremos.

—¿Saltar? Phil, tengo miedo.

—¿Miedo tú, que eres una perfecta gimnasta?

—Pero, si caemos al río, nos arrastrará y quién sabe adónde.

Para decidirla a saltar, pues Phil estaba convencido de que si habían de encontrar algo sería continuando adelante, se apartó de la muchacha y saltó llegando a la orilla opuesta mientras sostenía el mechero en su mano.

—¡Phil! —gritó Abigail, temiendo quedarse sola.

—¡Salta!

Ante el temor de quedarse sola, saltó y Phil la recogió entre sus brazos, apagando el mechero para conservar el máximo de combustible.

Sus bocas se encontraron y se besaron. Era amor, compañerismo, desesperación, deseos de permanecer unidos en aquella situación

insólita, perdidos en las entrañas de la tierra.

Permanecieron un tiempo abrazados, besándose, ninguno de los dos pudo calcular cuánto. Phil, con voz ronca, le dijo:

—No sé si saldremos alguna vez de aquí, pero si lo conseguimos, algo ha de unirnos para siempre.

—Phil —musitó ella buscando de nuevo los labios del hombre, como esperando encontrar en ellos el amor y la fuerza de la vida.

Anduvieron más y más tiempo hasta llegar a una galería más amplia.

—Phil, hay huellas en el suelo.

El hombre observó con atención las huellas a la luz de su mechero que ya había perdido bastante potencia.

—Son huellas claras de animal y también de personas, aquí no hay humedad.

—¿Pueden ser los felinos?

—No, yo diría que pertenecen a un yak, huellas de animal de tiro doméstico.

—Pero ¿por qué aquí?

—Por lo visto, esta galería que es más amplia ha sido utilizada en alguna ocasión, aunque es difícil determinar el tiempo. Hay lugares con humedad donde las huellas no subsisten, pero en otros puntos como éste las huellas se conservan claramente. Es muy curioso todo este laberinto volcánico subterráneo.

—¿Para qué utilizarán esta galería?

—No lo sé. Si te parece, podemos seguir la dirección de las huellas.

—De acuerdo, ahora estoy más tranquila dentro de lo que cabe.

Siguieron avanzando y la galería llegó a su fin en una amplia sala donde había maderas, unas cajas con velas y objetos diversos.

Phil, aprisa, intuyendo algo especial, tomó una de las velas y le prendió fuego.

La llama grande les mostró cuanto les rodeaba y Phil descubrió un cable de oro que descendía desde lo alto de la bóveda natural de la gruta, hundiéndose en la tierra.

—¡Abigail, estamos en el subsuelo de la lamasería, ese cable de oro es su pararrayos!

CAPÍTULO XIII

—¡Estamos perdidos, Phil, perdidos!

—¿Por qué?

—¿Y todavía lo preguntas? Nos hallamos en la lamasería y ya no podremos escapar.

—No desesperes. Ya que estamos aquí, veremos si se puede salvar algo arriba.

—¿Algo, a qué te refieres?

—Si es lo que pienso, alguno de nuestros compañeros puede estar vivo aún.

—¿Sigues creyendo que esas fieras les trajeron sin despedazarlos, obedeciendo al lama?

—Sí, parece incomprensible, pero esos grandes gatos pueden estar domados como se doman los guepardos.

—¿Y qué vas a hacer? Nosotros dos no podemos salvar a nadie, no tenemos más armas que ese pico que llevas y los colmillos que le arrancaste a la fiera.

—Algo pensaré. Por si acaso, tomaré uno de estos rollos de cable de oro.

—Es extraño tanto oro.

—Deben de tener un rico yacimiento en alguna parte. Es posible que para ellos tenga más valor el hierro que el oro. El oro lo tienen en abundancia y aquí no les sirve para comerciar. El hierro lo tendrán con escasez; es más útil por su dureza si se convierte en acero, pero sus hornos deben de ser muy rudimentarios. En cambio, el oro es más maleable. Golpeándolo, batiéndolo como el cobre, pueden hacerse planchas muy finas y estirándolo, se consiguen hilos delgadísimos con los que han fabricado estos cables. El oro es más pesado, pero apenas atacable por los elementos, y se garantiza una gran duración. Por otra parte, es un magnífico conductor eléctrico. Tener cables de oro es un lujo que no puede permitirse la industria

occidental, teniendo en cuenta su costo. A lo sumo, se hacen revestimientos de centésimas de espesor.

Tomó uno de los rollos guardados allí, en las entrañas de la lamasería, inaccesibles desde el exterior. Se lo cargó al hombro notando su peso.

—¿Qué piensas conseguir con este cable?

—Todavía no lo sé, pero tengo una vaga idea de lo que puede hacerse.

—¿Qué idea?

—Ya te lo explicaré.

Cargados con el pesado cable y con una vela cada uno en su mano, ascendieron por un camino en espiral que subía a lo que parecía la bóveda de aquella gran sala que millones de años atrás pudo constituir el ojo principal del volcán.

El camino carecía de baranda y estaba cavado en la propia roca, quizá por los primeros emigrantes llegados allí huyendo del castigo de la persecución de los ingleses que, al principio de la colonización de la India, debieron tratar de barrer religiones que, como aquélla, practicaban el sacrificio humano.

Cuando llegaron a lo alto se encontraron ante una recia puerta de madera con refuerzos de oro. La abundancia del preciado metal era palpable a cada paso que daban.

—Mira, por aquí pasa el pararrayos.

Aislado de la pared por envolturas de un material silíceo y sostenido por cuerdas vegetales, el cable de oro no tocaba la pared en ningún punto.

—Quien ha construido este maldito pararrayos sabía lo que se hacía y ha tenido en cuenta todos los detalles. Quizá llegaron a descubrirlo antes que el mismísimo Benjamín Franklin, aunque el sabio americano lo inventó para evitar que los rayos destruyeran las casas y no para sacrificar vidas humanas.

—Phil, en tu cabeza bulle una idea.

—Es cierto, pero no sé si surtirá efecto.

Utilizando el pico de hierro y golpeándolo contra la roca, cortó el cable de oro del pararrayos.

—¿Por qué lo haces?

—Los pararrayos tienen un terminal que se hunde en la tierra, preferentemente húmeda, digamos en el fondo de un pozo y allí

estalla y se descarga, esparciéndose los cientos de miles de voltios por el subsuelo. Si corto el cable, el pararrayos queda inutilizado.

—¿Ésa era tu idea, dejar el altar inutilizado?

Phil conectó un cabo del cable de oro que llevaba al seccionado pararrayos, dejando que el resto cayera al fondo de la gran sala volcánica mientras seguía explicando:

—Si la punta del pararrayos que hay en lo más alto de la lamasería no tiene continuación, queda anulado como tal, ya que el rayo no es más que la unión de la carga positiva y la negativa; la una viene de la tormenta.

—Pero atándole ese cable, ¿qué pretendes?

—Ya lo verás.

Abrieron la puerta y salieron a un corredor. Phil fue soltando cable.

El cable era largo, pero Phil ignoraba hasta dónde tendría que llevarlo y temía que pudiera acabarse.

Llegaron a un corredor donde se abrían mazmorras con puertas de gruesa madera reforzadas con tirantes y quicios de oro, lo que seguía demostrando que les resultaba muchísimo más fácil obtener oro que hierro.

—No podría llegar muy lejos, creo que empalmándolo aquí será suficiente. Estas paredes están bastante húmedas por filtraciones y servirán de toma de tierra. No puedo asegurar el éxito de este tipo de demoledor dejado al azar de la tormenta, pero no podemos utilizar nada más.

—¡Phil, Phil!

Ambos se miraron; la voz había partido del otro lado de la puerta.

—¡Es Ben! —exclamó Abigail.

—¡Ben! ¿Estás ahí? —llamó Phil.

—¡Sí, estoy aquí encerrado! ¿Podéis sacarme o también estáis encerrados?

—Aguarda.

Phil descorrió el cerrojo de la mazmorra. Atraído por la luz de la vela, el pequeño judío, que había perdido sus gafas y apenas veía, salió del calabozo.

—¿Cómo estás, Ben?

—Con algunas heridas, pero todavía vivo. ¿Cómo habéis podido

escapar vosotros?

—Hemos llegado hasta aquí por galerías volcánicas. Por lo visto, este valle es un laberinto de galerías subterráneas. Algunas son ríos alimentados por los deshielos, por las nieves de las cumbres que nos rodean y también por las continuas tormentas que se abaten sobre este lugar.

—Que Dios os bendiga por haberme sacado de aquí. Llegué en las fauces de una de esas fieras, recibiendo toda clase de golpes por el camino y creyendo que iba a despedazarme de un momento a otro, pero, al fin, me dejó arriba, ya dentro de la lamasería y los bonzos me han encerrado aquí.

—¿Y los demás?

—No lo sé. Perdí las gafas y veo muy mal. Oí a Bobby chillar, creo que bajó hasta aquí y luego se lo han llevado arriba. Ha sido horrible. Esas fieras nos cazaron como a conejos y nos han traído al monasterio para ser sacrificados. ¿Conseguisteis vosotros quedaros arriba sin que las fieras os atacasen?

—Nos atacaron, pero pudimos defendernos —explicó Phil.

Abigail le mostró el colmillo.

—Era de uno de esos felinos; Phil tiene el otro.

—Diablos, tendré que descubrirme ante vosotros. Ahora habrá que regresar a ese laberinto por el que habéis venido.

—No sin antes subir y tratar de salvar a quien se pueda. Quizá lleguemos a tiempo de evitar un sacrificio.

—Sí, es cierto, pero yo no te serviré de mucho, apenas veo.

—Entonces, no te separes mucho de nosotros. —Phil consultó su reloj fosforescente y agregó—: Ahora es de día y las fieras están enjauladas, claro que para ellos no es ninguna dificultad abrir la reja y dejarlas sueltas.

—Frente a ellas estamos perdidos, tienen una fuerza atroz. Que me llevaran a mí entre las fauces no es ninguna hazaña, pero Bobby pesa lo suyo y ha venido aquí lo mismo que yo.

—Subamos o si no, quedaros aquí esperándome.

—¡No! —dijo Abigail, resuelta—. Yo subo contigo.

—Por cierto, Ben, ¿sabes algo más de lo que hacen esos monjes?

—¿Lo preguntas por lo que pude traducir del gran libro?

—Sí.

—Pues, sólo sé que llegaron a este valle por las entrañas de la

tierra, huyendo de los invasores extranjeros que querían exterminarles. No es muy preciso lo que estoy diciendo, pues tendría que descifrarlo mejor, pero eso me pareció que decía.

—Entonces, coincide.

—¿Coincide con qué?

—Con las huellas que hemos hallado en las galerías volcánicas del subsuelo. Ellos debieron de narrar su emigración y como carecían de papel, lo hicieron en piel y remachándolo en oro, que es un metal que ellos poseen en abundancia.

—A mí me pareció que el libro era más viejo —objetó Ben Schneider.

—Pudiera ser que toda su historia fuera más vieja y reescrita en ese pesadísimo libro, aunque ellos debieron de traer consigo muchas cosas, entre ellas pergaminos, a través de las galerías volcánicas.

—Todo parece tan complicado y ahora, maldita sea, sin gafas, ya no podría descifrar nada más aunque volviera a ver el libro —se lamentó Ben.

Los tres se dirigieron hacia arriba. Se hallaban ya en la lamasería propiamente dicha, edificada sobre el montículo rocoso ojo del extinto volcán.

Phil sabía que Ben Schneider corría mucho peligro, su dificultad de visión iba a perjudicarle si había que correr, mas nada podía hacer, en todo caso pedirle que se quedara quieto esperándole en alguna parte.

En aquellos momentos, Phil temía más al poder mental de aquel maligno lama que a los colmillos de los grandes felinos, y para salvar a sus compañeros, si es que aún era posible, había que llegar hasta la mismísima nave principal del templo.

De pronto, muy cerca, escucharon los rugidos de los macairodontes mutados.

CAPÍTULO XIV

Acababan de llegar a una puerta a la que daba una pequeña sala y a ésta, otra puerta y un corredor.

—Primero, veamos adónde conduce esa puerta de enfrente —propuso Phil.

Se acercó a la puerta, abriéndola con sigilo. Se percató de que daba a la especie de vestíbulo que quedaba entre la puerta de entrada del monasterio y la reja al otro lado de la cual se hallaban las terroríficas fieras amaestradas.

Volvió a cerrar la puerta, corriendo el cerrojo.

—Estamos en la entrada de la lamasería, es lógico que oigamos a esas bestias. Por aquí se escondieron los monjes cuando soltaron a los guepardos para su paseo nocturno. Así debe de estar establecido en sus leyes, de modo que las gentes del pueblo se esconden y el que queda fuera de cobertura, es cazado y sacrificado en el altar. Si en un tiempo estipulado no lo carboniza el rayo, sólo se queda sin ojos por el ataque inicial de los cuervos, por eso hay tantos ciegos en el poblado. Un descuido en la protección cuesta la ceguera total.

—¿Y por qué ellos no han sufrido la descarga eléctrica del rayo? —preguntó Abigail.

—Seguramente habrán muerto muchos, pero otros se salvarán porque serán llevados al altar en tiempo más seco. Por lo visto, ahora estamos en tiempo de tormenta diaria y aquí los rayos abundan.

—Ha de ser horrible vivir en este poblado. Esas gentes temerán al lama, pero lo respetan pese a lo que les cuesta —observó Ben Schneider.

—Pero, para llegar a la nave del templo que tú viste, hay que pasar a través de esas rejas donde están las fieras —objetó Abigail.

—No necesariamente. Los monjes se metieron por aquí y luego aparecieron en el templo, eso indica que por lo menos hay dos

formas de llegar al altar de los sacrificios. Tú, Ben, puedes quedarte aquí custodiando la retirada, pues la única huida que nos queda es el laberinto subterráneo.

—Sí, será mejor que me quede. Como tú estás pensando, Phil, seré más un estorbo que una ayuda.

Abigail, con ternura, le dio un beso en la mejilla y luego se alejaron dejándole en la puerta que habrían de utilizar para regresar a las entrañas de la tierra.

El corredor era largo y a él daban unas puertas ligeras. Con un vistazo, comprendieron que aquéllas eran las celdas que los monjes utilizaban como dormitorios.

Hasta ellos llegó claramente el canto quejumbroso de los monjes, aquel canto que se metía por los túneles artificiales y naturales de la lamasería y del montículo rocoso sobre el que se alzaba orgullosa y retadora, aquel montículo con el ojo del volcán interior por el que habían arribado aquellos tibetanos, quizá hindúes.

Phil no era antropólogo y no podía determinar de qué raza eran, ya que en los confines de uno de aquellos grandes países, los rasgos cambiaban y se asemejaban a los del país vecino; en este caso podía decirse que eran habitantes del Himalaya y a esta cordillera, techo del mundo, daban varias naciones: El Tíbet, controlado por los chinos; el Nepal, el pequeño Sikkim, y la propia India.

Arribaron a un lugar donde el corredor se ampliaba. Allí olía mal, muy mal; era difícil no marearse ante aquel hedor concentrado.

—¿Qué es esto, Phil, por qué huele así? —preguntó Abigail agarrándose al brazo del hombre, temiendo desmayarse.

Phil no quiso responderle lo que pensaba, pero en la sala había una amplia fosa. Las velas que se hallaban en la pared y que a su vez resultaban hediondas, lo iluminaban formando sombras irregulares.

Phil se acercó al borde del abismo y comprendió el porqué del hedor.

—¿Qué hay abajo? —preguntó Abigail.

—No te asomes.

Ya era tarde. La joven tuvo que volver su rostro, horrorizada.

En la fosa estaban los restos humanos de los sacrificados, seres

electrocutados por el gran voltaje del rayo que partía de las abundantes tormentas que las altas cumbres les enviaban.

Yacían allí cadáveres convertidos en esqueletos, pero encima había otros cadáveres recientes y entre ellos, aunque difícilmente, podía distinguirse la masa de lo que podía haber sido Jennie.

También había otro que no pudieron identificar, pero que parecía uno de sus compañeros. Sin embargo, el cambio de las ropas normales por la túnica del sacrificio no ayudaba al reconocimiento.

—Será mejor que sigamos adelante.

Abandonaron aquel tétrico y hediondo lugar donde se acumulaban los restos humanos, posiblemente desde el primer sacrificio allí consumado.

El cántico quejumbroso de los monjes proseguía.

Se encontraron con una galería cruzada que daba con tres arcos a la nave del templo; allí estaban los bonzos en actitud de rezo.

Con mucho cuidado para no descubrir su presencia, se acercaron a una de las arcadas para ver lo que estaba sucediendo.

—Mira, Phil, Bobby está en el altar y tiene sangre en la cara.

Como se hallaban en plano más bajo, Abigail no podía ver que a Bobby ya le faltaban sus preciados ojos.

Los malignos cuervos, venerados por aquellos monjes por mostrarlos en su pendón la diosa Mudevi, graznaban en lo alto y Phil prefirió no darle explicaciones a la joven.

—Todavía está vivo —dijo roncamente.

—Qué distinto es ese Bobby al que conocemos —musitó Abigail impresionada al verle tendido y quieto sobre el altar, sin gruñir ni protestar, como era su costumbre.

—Está bajo la influencia mental del lama. Aunque le cortaran la cabeza en estos instantes, nada notaría; es algo similar a lo que la Medicina moderna llama sofrología, aunque es simplemente hipnotismo.

—Pero ¿cómo vamos a sacarle del altar? Si está hipnotizado, no nos obedecerá.

—Sí, y lo peligroso es que el lama llegue a hipnotizarnos a nosotros también. Por suerte, está en el mismo lado de la pared que nosotros, en una especie de ábside, y mutuamente no nos vemos.

No miraron hacia lo alto. La posición que ocupaban era muy peligrosa, podían ser descubiertos en cualquier momento y todos los

monjes caerían sobre ellos.

Atisbaron el cielo a través de la bóveda.

—Parece nublado —cuchicheó Abigail, con el miedo incrustado en los huesos.

—Entonces, hay que hacer algo; la tormenta puede descargar en cualquier instante y el rayo acabaría con la vida de Bobby, aunque tal como está… Sin embargo, debemos intentar salvarle.

* * *

Mientras, Ben Schneider aguardaba inquieto, tratando de ver más de lo que sus ojos miopes le permitían.

Oyó unos pasos. Eran suaves, apenas perceptibles, pero no le pasaron desapercibidos.

—Eh, ¿quién está ahí?

No obtuvo respuesta y pensó que podía ser una rata moviéndose.

Mas, no era una rata.

En la sala acababa de aparecer una figura que, de haberla podido ver a través de sus gafas, le habría hecho gritar de horror.

Era alta, cubierta con una túnica verde. Su cabeza era la de uno de aquellos monstruosos guepardos gigantes. Sus pupilas brillaban malignas y avanzaban hacia Ben Schneider, quien comenzó a vislumbrar la silueta que se le acercaba gracias a la luz de los candelabros situados en las paredes.

—Phil, Phil, ¿eres tú? ¡Contesta, por todos los santos! ¿Eres tú?

Aquella mezcla de hombre y fiera que caminaba descalza, se le aproximó con las dos enormes zarpas que tenía por manos, zarpas con las uñas al descubierto, grandes, afiladas, curvas. Cada una de ellas constituía un estilete.

—¿Quién eres? —insistió Ben cuando aquellas zarpas caían sobre su garganta, hundiéndose en su cuello, por encima de las clavículas.

Con los ojos muy abiertos, a punto de saltarle de las órbitas, Ben quiso gritar y no consiguió hacerlo. Por su boca escapó un borbotón de sangre mientras notaba aquellas garras que, como aceros, se le habían hundido en el cuerpo, cortándole las carótidas, el esófago y la tráquea.

Sus retinas consiguieron captar en parte aquella imagen horrenda que tenía delante, aquel monstruo mitad hombre y mitad fiera que acababa de asesinarle.

Después, aquella figura infernal estiró sus zarpas ensangrentadas hacia afuera y el cuerpo de Ben Schneider se desplomó sin vida.

CAPÍTULO XV

Escondidos en la arcada, sumidos casi totalmente en las sombras, Phil y Abigail esperaban para tomar una determinación.

De pronto, por entre los monjes, tras aparecer por detrás de ellos, avanzó una extraña figura que estuvo a punto de hacer chillar a Abigail, pero Phil le tapó la boca, impidiendo que su grito estallara, retumbando por toda la lamasería.

Los propios bonzos se quedaron mirando a aquel monstruo vestido de verde, con la cabeza de uno de aquellos felinos y zarpas por manos, zarpas que goteaban sangre y manchaban su túnica.

Nadie le dijo nada, nadie osó detenerle; era como un ser surgido de las entrañas de la tierra, algo maligno y desesperantemente repulsivo.

Caminó hacia el altar. A Phil le hubiera gustado ver la cara del lama, mas no podía verle desde donde se hallaba.

Aquel ser siguió avanzando. Rodeó el altar colocándose detrás de Bobby, dejando a su espalda el gran retablo que mostraba la figura de la diosa Mudevi montada sobre el impuro asno y sosteniendo en una mano el pendón con el cuervo como emblema y en la otra, el rubí de Visnú.

Con voz quejumbrosa, impostada, pero alargada y profunda para que pudiera ser oída por todos, comenzó a decir:

—¡Ya no soy el rayo, al fin me he materializado como deseabais! ¡Vuestros sacrificios han sido bien recibidos por mí y seré condescendiente con vosotros! Todos seréis mis siervos, me obedeceréis ciegamente y volcaré la prosperidad sobre este pueblo que es el mío.

—¡Phil, Phil! ¿Qué es esto? ¡Me volveré loca, loca!

—Aguanta, veamos qué significa esta supuesta reencarnación de la diosa en ese extraño ser que se oculta bajo una cabeza de fiera.

—¿Es un hechicero?

—No. Ya lo oyes, pretende ser la propia diosa Mudevi, aunque su voz suena masculina, claro que para ellos eso no importa demasiado, saliendo de la garganta de ese ser mitad humano y mitad bestia.

—¡En adelante, ya no será el rayo quien consuma los sacrificios, seré yo misma, así tomaré lo que me pertenece!

Phil le vio alzar aquellas mortíferas zarpas, largas y afiladas, capaces de ser clavadas entre las costillas de un hombre y llegar a su corazón.

Mas, no llegó a tiempo. Las zarpas cayeron sobre la garganta de Bobby, hundiéndose en ella como lo hicieran antes con Ben Schneider.

El cuerpo de Bobby sufrió unas contracciones sobre el altar de oro cuando ya Phil llegaba hasta allí blandiendo en su mano el colmillo que él mismo arrancara a la fiera en la peña.

Aquel horrible ser se le quedó mirando y al instante, quitó las garras del cuerpo de Bobby.

Quiso reaccionar contra Phil, pero éste, con un veloz y ágil salto, pasó por encima del altar, derribándole. Al caer al suelo, le hundió el colmillo en el cuerpo, por debajo de la última costilla, llegándole al mismísimo corazón.

El monstruo rugió de dolor y al mover la cabeza, se le desprendió en parte la cabeza disecada y hueca de la fiera. Phil terminó de apartarla, descubriendo a quien estaba en su interior.

—¡Swabo!

El indio piel roja que había conseguido graduarse en la Universidad de Harvard, lo que resultaba casi increíble, estaba, allí muerto, sin poder explicar por qué se había convertido en un monstruoso asesino, por qué procedimientos había llegado a la lamasería y dónde había encontrado aquella cabeza disecada y las zarpas, aunque era fácil suponer que podían haber sido disecadas en el pasado por cualquiera de los monjes.

—¿Por qué, Dios mío, por qué?

Todo allí estaba manchado de sangre; el cuerpo de Bobby chorreaba sangre tras ser asesinado en aquel altar maldito.

Los murmullos de confusión de los monjes les devolvieron a la realidad.

Swabo ya estaba muerto, sólo cabía pensar que había

enloquecido, quizá a causa de un golpe o a lo peor ya llevaba la locura dentro, sin él saberlo.

—¡La diosa Mudevi ha muerto, yo la he matado! —gritó Phil a pleno pulmón, ansioso de derribar el fatídico mito.

Saltó sobre el retablo colgándose de él hasta arrancarlo de la pared, destruyéndolo, haciéndolo caer. En aquellos instantes, comenzó a sentir una profunda jaqueca, una opresión en el cráneo. Se volvió hacia el lama «negro».

Aquel lama que daba culto al mal le estaba mirando fijamente, tratando de domeñarle con el poder de su mente. Phil lo comprendió a tiempo y en pocas zancadas, llegó junto a él, propinándole tal patada en la cara con sus botas de montaña, que le hizo rebotar hacia atrás.

—¡Al diablo, maldito!

Inmediatamente, se filtró tras las arcadas. La confusión entre los monjes era grande, todo se había desarrollado con rapidez.

Abigail le esperaba en la entrada del corredor.

—¡Phil, era Swabo! ¿Verdad que él era el asesino?

—¡Corramos, Abigail, corramos!

Llegaron jadeantes al lado del cuerpo sin vida de Ben Schneider. Abigail creía que el corazón iba a escapársele por la boca, no podía ya soportar tanto horror, tanta sangre, tanto esfuerzo.

—¡Nada se puede hacer, corramos!

Los monjes les perseguían gritando, deseosos de alcanzarles, pero cruzaron la puerta que daba al ojo del volcán y Phil pasó el cerrojo.

—Por lo menos, tendrán para un rato si quieren romperla.

Se internaron en los corredores que daban a las celdas y al fin llegaron a la pendiente que descendía en espiral hacia el fondo por aquel camino tan peligroso.

En aquellos momentos se escuchó un gran estruendo; era el primer rayo de la tormenta.

—¡Corramos más aprisa!

Llegaron al fondo cuando un rayo caía en el pararrayos. La lamasería se estremeció y en lo alto se escuchó un horrísono fragor que hizo temblar las rocas, resquebrajando las junturas que las unían unas con otras.

—Cojamos velas para el camino —dijo Phil.

En pocos segundos se aprovisionaron de velas.

Se internaron por las grutas naturales que daban al ojo del volcán cuando otro rayo caía en el pararrayos y de nuevo, el estruendo.

Lo que no habían podido ver Phil y Abigail era que, al primer rayo, la puerta de la mazmorra a la que había sido sujetado el cable de oro, había sido arrancada de sus goznes y las paredes se habían resquebrajado. Cayó sobre el húmedo suelo y allí, encajó el segundo rayo.

La lamasería se resquebrajó y también el montículo rocoso que la sostenía. Si bien en su exterior semejaba muy sólido, interiormente estaba hueco y mientras huían por la gruta escucharon un gran fragor.

El monasterio y todo el montículo, debido a la treta del pararrayos, se desmoronó aplastando cuanto allí había. Todo se convirtió en un montón informe de rocas, quedando libre el poblado de su maléfica influencia.

Siguiendo el rastro de personas y animales que había por la gruta, tomaron el camino de la galería más grande mientras afuera llovía y tronaba.

Gracias a la abundancia de velas no tuvieron dificultades e incluso descubrieron la gran veta aurífera de donde aquellos monjes habían sacado el oro, un oro puro allí aprisionado y muy fácil de extraer, un filón que habrían descubiertos sus antepasados en el viaje emigratorio.

Anduvieron horas, cayeron y volvieron a levantarse.

Estaban totalmente agotados cuando llegaron a una sala donde había unos carros de madera muy viejos, posiblemente abandonados allí porque no cabían en la galería. Pero, frente a ellos estaba la orilla de un gran río subterráneo, un río que aún tenía que nacer.

—Ya no podemos avanzar más, tenemos el río delante, esto es el fin —sollozó Abigail.

—No desesperes. Si ellos llegaron por aquí es que esto tiene una salida.

—¿Una salida? No la veo, los carros se quedaron aquí, no pudieron pasar. ¿De dónde vendrían?

—Por el río.

—No lo entiendo. La corriente es descendente y por donde aparece con fuerza, es demasiado angosto.

—Pudiera ser que cuando ellos llegaron aquí, el río estuviera seco, quizá hubo una pertinaz sequía por estas latitudes.

—Pero, si ellos entraron con el cauce seco, nosotros no podremos salir con el agua.

—Si nos quedamos aquí, pereceremos, de modo que no nos queda otro remedio que seguir adelante.

—¿Cómo?

—Meteremos un carro en el río y lo usaremos como balsa. Dejaremos a la corriente que nos lleve.

Empujó el pesado carro hasta conseguir hundirlo en el agua, donde flotó. De inmediato, subieron sobre él, mojándose y dejándose llevar por la corriente.

—Tengo frío, el agua está helada.

—Abigail, no sé si saldremos vivos de ésta, pero si no nos podemos casar en este mundo, espérame en el otro.

Ella trató de sonreír y apretó con fuerza la mano varonil.

Durante una media hora, fueron impulsados por la rápida corriente del río. Luego, el techo se fue haciendo más y más bajo; Phil temió lo peor.

—Hay que saltar del carro, Abigail. Va a quedar bloqueado de un momento a otro.

—¿Y nosotros, nos ahogaremos?

—Abajo.

Tiró de ello por delante del carro antes de que, al bloquearse, les cortara el paso. Después, se sumergieron en la corriente.

Con la boca llena de aquel agua helada, Phil le gritó:

—¡Baja la cabeza y aguanta la respiración cuanto puedas!

—¡Phil, te amo, te amo! —gritó antes de que él le hundiera la cabeza en el agua.

Cogidos de la mano, se sumergieron en el río subterráneo.

Phil sintió que sus pulmones querían reventar y temió que la muchacha estuviera ya tragando agua cuando, de pronto, se vieron lanzados al vacío.

Cayeron por una cascada.

Abigail había perdido el conocimiento y, nadando Phil la llevó hasta la orilla. Allí, le hizo el boca a boca hasta conseguir que la

joven respirara y le abrazara. Aquella forma de volver a la vida le estaba gustando.

Se hallaban ya fuera de las grutas, habían cruzado grandes gigantes de hielo por sus entrañas y se encontraban lejos del alcance de las nieves, en el nacimiento de uno de los grandes ríos del sur de Asia.

La pesadilla había terminado, pero nadie iba a creerles una sola palabra si trataban de explicar que habían aparecido por aquel manantial abierto en la roca viva, por donde brotaba el agua con fuerza y en el que resultaba imposible adentrarse.

Abigail, temblando de frío, con el cuerpo empapado por el agua helada, sólo deseaba abrazar y ser abrazada, besar y ser besada, pero no pensar en cosas que podrían sumirla en la locura.

F I N



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.